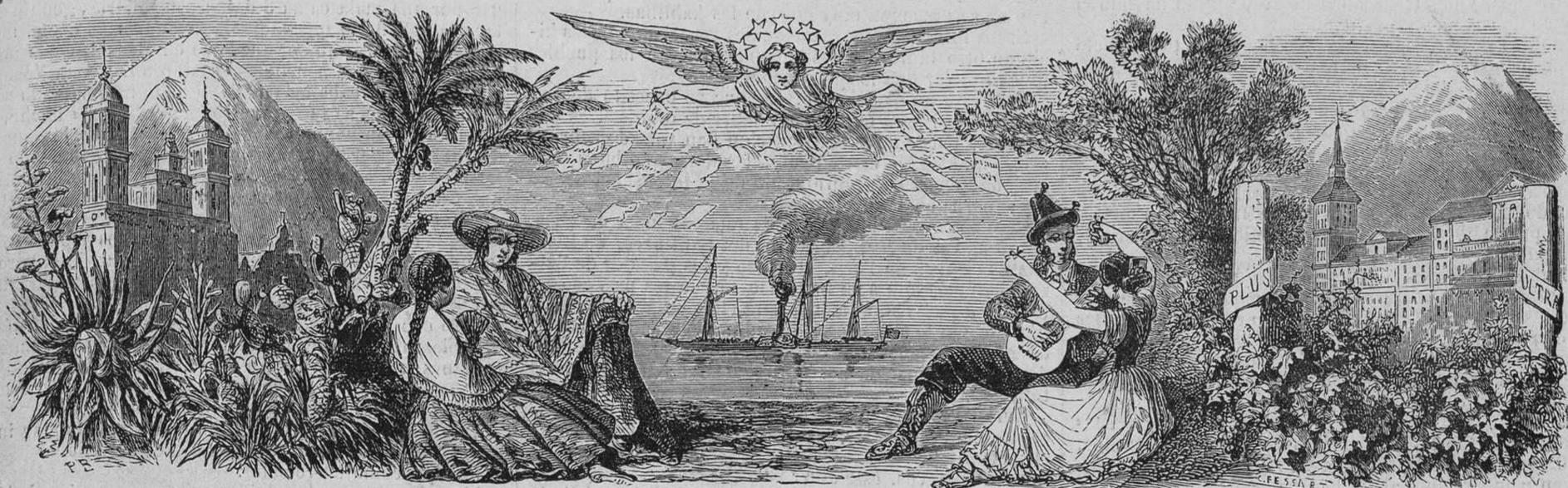


# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1871. — Tomo XXXVIII.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE y MÉLAN.

AÑO 30. — N° 970.

Administración general y Redacción: Passage Saunier, número 4, en París.

## SUMARIO.

Los indígenas Tizi-Uzu huyendo de su aldea incendiada; grabado. — La insurrección de Argelia; grabados. — Revista

española. — Ataque del Fuerte Nacional por los indígenas; grabado. — Vista del Bordj-Tizi-Uzu durante el incendio de la aldea francesa; grabado. — Revista de París. — El Hotel de Villa. — Las ruinas: Aspecto interior: vista tomada del vestíbulo de la Galería de las Fiestas; grabado. — Bernabé Rudge, novela escrita en inglés por Carlos Dickens. — Es-

cenos de la vida inglesa: El Obrero. — Los provincianos en los baños de mar, caricaturas por Cham; grabados. — ¿Qué hará de ello? novela escrita por sir Edward Lytton Bulwer. — Problemas de ajedrez; grabado. — Las franquicias municipales de Londres: Recepción del príncipe Arturo en calidad de ciudadano de Londres; grabado.



LA INSURRECCION DE ARGELIA. — Los indígenas de Tizi-Uzu huyendo de su aldea incendiada.

### La insurrección de Argelia.

Damos hoy una vista del Fuerte Nacional, elevado por los franceses en el corazón de la Kabilia hace una docena de años para tener en respeto á las tribus que se habían sometido. Desde el principio de la insurrección de 1871 el Fuerte Nacional fué bloqueado por los insurrectos, y del 16 de abril al 16 de junio ha sido el blanco de sus mas vivos ataques.

Nuestro dibujo representa la acción que tuvo efecto en la noche del 21 al 22 de mayo.

Este fuerte encierra en un recinto de 2,261 metros una serie de cerros, de los cuales el mas alto domina de 76 metros el que lo es menos. Pero á su vez está dominado por el Djurjura, cuyas escarpadas crestas se destacan vigorosamente en el cielo por detrás del fuerte. La posición no es enteramente favorable, pues está dominado en dos puntos por el cerro situado á 350 metros de la puerta de Argel y por la planicie de la aldea de Taguemou.

Cuando los árabes bloquearon el Fuerte Nacional, el teniente coronel Marechal que le mandaba, tenía solo á su disposición 472 combatientes armados de fusiles de diversos modelos, entre ellos 150 chassepots; y en cuanto á artillería poseía 4 viejos obuses de campaña, 2 cañones rayados, 4 cañones de montaña y 5 morteros de 45 centímetros.

El 17 de abril los árabes ocupaban todas las crestas contiguas al fuerte, que atacaron por diversos puntos, pero sin resultado. Sin embargo, su número considerable en comparación al de los defensores de la plaza, hacía que la posición fuera muy peligrosa.

El 21 no había ya modo de sostenerse en la población, tan vivo era ya el fuego del enemigo, y fué preciso trazar un camino cubierto abriendo las casas. Sorpresas, obras de aproche, ataques incesantes, los árabes empleaban todos los medios para reducir el fuerte que, aunque asediado de cerca, recibió no obstante, el 12 de mayo, un socorro de 50 hombres de Azouza, mandados por Si Lounis Naít que había permanecido fiel á los franceses.

Gracias á este refuerzo pudo la guarnición hacer una buena salida, en la cual se destruyeron las obras de aproche y las emboscadas del enemigo.

Pero nada desalentaba á los indígenas, y en la noche del 21 al 22, habiéndolo preparado todo con el mayor misterio, reunidos los nuevos contingentes y dispuestas las escalas, se precipitaron con salvaje furor al asalto del fuerte, que al punto se vió envuelto en un círculo de fuego. Por todas partes resonaba el ruido de la fusilería, mezclado con los gritos de los árabes. Fué hasta el amanecer una lucha encarnizada, lucha en la cual los defensores de la plaza multiplicándose y combatiendo con un valor increíble, acabaron por vencer á aquellas nubes de enemigos. A la claridad de los primeros rayos del sol, los cañones del fuerte perseguían hasta el fondo de los barrancos á los últimos árabes, victoriosamente rechazados en toda la línea y que tuvieron que buscar su salvación en la mas precipitada fuga.

Este descalabro inspiró serias reflexiones á los indígenas que, sin romper el asedio, no se atrevieron á atacar nuevamente. Por fin, el 16 de junio la columna del general Ceres, que había salido de Tizi-Uzu, llegó al Fuerte Nacional é hizo levantar el sitio.

La guarnición del Fuerte Nacional contribuyó grandemente á esta obra, ocupando á Smainseren y Aguemun. Terrible fué el asalto; los árabes, mucho mas numerosos que las columnas de ataque, se mantuvieron firmes; mas al fin tuvieron que ceder y á eso de las once de la mañana, Aguemun y Smainseren ardian.

El número total de las pérdidas durante el asedio del Fuerte Nacional, ha ascendido á 23 muertos, de ellos 3 oficiales y 45 heridos, de ellos 5 oficiales.

Los otros dos dibujos que publicamos representan uno el bordj de Tizi-Uzu, que es un puesto importante á la entrada de la región de las montañas, y el otro la aldea kábila del mismo nombre, incendiada por los franceses cuando la columna del general Ceres se puso en marcha para socorrer el Fuerte Nacional.

El bordj de Tizi-Uzu está situado á igual distancia del Fuerte Nacional y de Dellis, en el mismo camino que va de Argel al fuerte y al Djurjura.

C. P.

### Revista española.

El calor, el frío y los ministros constitucionales. — Viajes. — Espectáculos. — Paseos. — La crisis. — La Granja. — Los chicos de la calle. — Libros nuevos. — Dos novios, un indiano y una tendera. — Una alusión personal.

¡ Misera condición de la humanidad !

No puede vivir sin quejarse.

En invierno echa de menos el verano; en el verano elama por el invierno.

— ¡ Jesús, que calor hace !  
— ¡ Esto no puede resistirse !  
— ¡ Vamos á achicharrarnos !  
— ¡ Esto da una idea aproximada del invierno !  
— ¡ Nos vamos á liquidar como la Hacienda !  
— Los gobiernos debían observar por interés propio, la conducta del tiempo con los que se quejan de él.

Cuando la naturaleza necesita calor, da calor á pesar de las quejas, de las sátiras, de las burlas y hasta de los improperios de los hombres; cuando ha menester frío, corona de blanca nieve las crestas de las montañas, y como está seguro de que cumple su misión perfectamente, se preocupa muy poco de las hablillas.

Si los ministros constitucionales y parlamentarios hicieran otro tanto, es posible que vivieran los pueblos mucho mejor que lo que viven.

Pero esto no es del caso. Lo que yo necesito decir á mis lectores, para cumplir mi deber de cronista, es que todos los temas de la conversación han versado sobre el calor, no siendo, ciertamente, las damas de buen tono las que menos han murmurado de la intensidad de los rayos del rubicundo Febo.

Pero se comprende muy bien esta conducta en ellas.

Las playas de San Sebastian, del Sardinero, de Biarritz, las ruinas de Paris, el fresco y los paisajes de Suiza, apareciéndose á su imaginación con los mas encantadores atractivos, aumenta para ellas en Madrid el calor, y como le miden en el termómetro de su monotonía, creen que se abrasan, cuando lo que las abrasa es el deseo de cambiar de horizontes, de lucir trajes y darse tono.

Durante todo el mes han alternado con las exclamaciones contra el calor, las preguntas y respuestas sobre el mismo tema.

— ¿ Salen Vds. este año ?  
— ¿ Pues no hemos de salir ? ¿ Quién puede resistir la temporada de verano en Madrid ?

— Y ¿ á dónde van ustedes ?  
— A San Sebastian.  
— Nosotras, á Biarritz.

— ¡ Ay, callen Vds. por Dios, si aquello estará desierto !  
— No lo crean ustedes.

— Aquella hermosa playa estaba sostenida por el emperador y la emperatriz, y sin ellos y su corte, se queda reducida á una colonia de España, y vivir entre españoles el verano, lo mismo que el invierno, es lo mas absurdo del mundo.

— Pues nosotras no vamos á San Sebastian, porque los fondistas de allí y los que alquilan casas, se han convertido en explotadores de los madrileños.

— Vayan Vds. al Sardinero. Esa hermosa playa de Santander está llamada á reemplazar á Biarritz.

— Va tanta gente de buen tono... y los precios son módicos.

— Luego, se ha desechado el lujo por artículo de idem.

— Nosotras vamos á la Granja.  
— Es natural; como son Vds. ministeriales...

— No por cierto; pero allí hace fresco; los jardines son hermosos y se puede ver á Don Amadeo y á Doña Victoria.

— Si dicen que no salen, y cuando lo hacen, es por parajes solitarios, sin pompa, sin fausto...  
— Como que son reyes democráticos.

Estas y otras parecidas frases han hecho el gasto en la conversación.

Durante algun tiempo, la estación del ferro-carril del Norte, á la hora de la salida de los trenes *express*, era el punto de cita de la buena sociedad de Madrid.

Los pollos elegantes acudían á despedir á los viajeros, y unos y otros prometían volver á verse muy en breve.

Contrastaba con el espectáculo de la salida de los trenes *express* la de los trenes de recreo.

Para describir el cuadro de los últimos, me haría falta la pluma de Paul de Cook.

Es un verdadero sarcasmo llamar trenes de recreo á los que por 6 ú 8 duros conducen desde Madrid á San Sebastian, y desde San Sebastian á Madrid, á las familias que quieren veranear económicamente.

¡ Qué escenas !

A lo mejor, llega jadeando una pobre mujer con un niño de pecho en un brazo, otro niño de la mano, dos ó tres cestos y su marido con el saco de noche y otro par de muchachos.

Se encajonan en un wagon de tercera, y despues de mil dificultades para colocar los chicos y las cestas, hacen el viaje en medio de los mayores disgustos.

El niño, como es natural, llora.

— Vaya; ya tenemos un canario de alcoba, dice uno de los compañeros de viaje.

— Déle Vd. la teta, buena mujer, para que calle, dice otro.

En vano la infeliz excusa á la criatura.

— Ustedes han de perdonar, dice, pero el pobrecito está echando los dientes y muy desazonado.

— Pues haberlo dejado en casa.

— Los que tienen chicos no deben viajar.

Poco despues, otro de los herederos de la familia, se ve asaltado por una necesidad.

— Espera, hijo mio, que pronto llegaremos á una estación.

— No puedo, papá, grita el muchacho.

— Póngale Vd. por la ventanilla, dice uno.

— Bonito estaria eso, exclama otro.

— Bien dicen que « quien con chicos se acuesta... »

Por la noche lloran los muchachos, y como no dejan dormir á los compañeros de viaje, y estos no tienen to-

da la educación necesaria, murmuran, el marido se carga, se arma pelotera, se amenazan con que se van á tirar por la ventanilla del wagon.

Otros quieren ponerles en paz.

Unos cuantos bromistas del compartimiento inmediato, gritan :

— ¡ Que bailen, que bailen !

Otros dicen :

— ¡ Favor, que se matan !

Y continúa la algazara, la desesperación y las protestas de no volver nunca á viajar en tren de recreo, etc.

Pero todo está compensado con ver el mar; con pagar por una mala cama 3 ó 4 pesetas diarias; con gastar el doble de lo que se había presupuestado, etc. etc.

Bien es verdad que el quedarse en Madrid puede producir fatales consecuencias, y sino ahí tienen Vds. el ejemplo de un caballero anciano que, no pudiendo soportar el calor, se fué al Retiro á las ocho de la noche, y se sentó en un banco próximo á la caseta de los guardas, pero ni por esas : al poco rato de estar tomando el fresco, se vió acometido por unos cuantos malhechores que sin duda para saber la hora y tomarse un sorbete, quisieron apoderarse de su reloj y de su porta-monedas.

El anciano forcegeó para desasirse de los malvados, y lo único que se sabe es, que poco despues, le hallaron tendido en el suelo, bañado en sangre, y por desgracia, sin poder ya sentir ni el calor ni el frío.

Otro caballero que salió á las tres de la mañana, y fué á la plaza de Oriente, también en busca de una atmósfera mas fresca, se vió aligerado de ropa y dinero.

La verdad es que se ha desarrollado el robo en estos últimos tiempos, de una manera formidable.

También ha habido un ladrón que apelando á su ingenio, ha podido hacer agosto del mes de julio.

Hé aquí cómo ha robado :

Llamaba en casa de una persona cuyo nombre había averiguado antes, y llamaba en ocasión en que sabía que estaba ausente.

Por supuesto, que iba muy bien vestido.

— Don Fulano de tal, ¿ vive aquí ?

— Sí, señor.

— Dígame Vd. que está aquí D. Zutano, si puede recibirme.

— No está en casa.

— ¡ Por vida de !... exclamaba haciendo un gesto de disgusto.

— Si Vd. quiere dejar algun recado...

— El caso es, que me marchó esta tarde de Madrid y no quisiera irme sin despedirme. Pero... ¡ cómo ha de ser ! Le dejaré una tarjeta.

Y hacia como que buscaba, sin encontrar, la consabida cartulina.

— ¡ Válgame Dios ! cuando está uno de viaje, tiene la cabeza á pájaros. Me he dejado la cartera en casa. ¿ No tendrá Vd. una pluma y un papel para dejar cuatro letras á su amo ?

La criada hacia pasar al despacho ó á la sala al individuo y permanecía á su lado mientras escribía las cuatro letras.

El caballero de industria respiraba fuerte, se limpiaba el sudor.

— ¡ Qué calor tan insoportable ! Si me hiciérais el favor de un vaso de agua...

— Con mucho gusto, respondía la fámula.

Iba á buscarle, volvía y poco despues se marchaba el ladrón.

Entonces notaba la familia que habían desaparecido algunos objetos de la habitación en donde había estado.

Donde había objetos de plata, arramplaba con ellos; cuando no había alhajas, se contentaba con ropa, con prendas de vestir.

En casa de un personaje robó un revolver y una levita; en casa de un diputado, un precioso abrigo de un niño, que acababa de llegar de Paris (el abrigo, no el niño).

En cuanto los periódicos han dado la voz de alerta, se ha retirado á vivir de los productos de su industria, y puede ser muy bien que esté veraneando en Paris ó en Biarritz, y también puede ser que se haya ido á buscar á los *comunistas* porque, como ven mis lectores, es muy partidario de los bienes comunes.

Antes de que la emigración de las personas de buen tono se llevase á cabo, ha habido algunas fiestas muy notables.

Entre ellas debo citar una corrida de becerros que se verificó en los Campos Eliseos.

Eran los lidiadores, jóvenes de las familias mas distinguidas de Madrid, y dicho se está con esto, que el público era escogidísimo.

La marquesa de Vegamar, que tiene una preciosa quinta en Canillejas, la inauguró con un sarao á sus amigos, del que quedará memoria por mucho tiempo.

Uno de los afortunados que asistieron á él dice :

« Ha sido una de esas deliciosas fiestas de verano, en las que, por los balcones abiertos entra la claridad de la luna y los perfumes de los jardines; en las que las señoras parecen hadas con sus vaporosos trajes de gasa y de tul y con sus coronas de flores naturales, en las que se termina el cotillon, cuando ya la luz del sol hace palidecer la de las lámparas y las bugías.

Aunque han sido muchas las familias aristocráticas que han salido á veranear, también han quedado muchas, y en union de los hombres políticos acuden por las noches á los jardines del Buen Retiro, donde el maestro Bottessini ha conseguido que las magníficas obras musicales que interpretan los mejores profesores de Madrid, llamen la atención del público.

En efecto : aquellos deliciosos jardines iluminados

con esplendor permiten sabrosas pláticas, inesperados encontros, todo al compás de una música arrebatadora.

El público *d'elite* ha elegido las noches de los martes y los sábados, y en estas noches se puede desde fuera comprender qué clase de personas hay en el jardín, por la larga fila de carruajes aristocráticos que forman, por decirlo así, la guardia de honor de los jardines.

En las demás noches, se representan zarzuelas en un teatrillo que se ha improvisado en el mismo jardín, y una banda de música de segundo orden, ameniza los entreactos.

Lo único notable que se ha puesto en escena en este teatrillo, es una revista fantástica dividida en dos épocas y titulada: *el Teatro en 1876*.

Su autor, el Sr. Lieru, quiere hacer una crítica de la literatura dramática, pero como dice muy bien un to-cayo mio, cae en el mismo defecto que censura.

A la manera de los críticos que anatematizan el afrancesamiento de nuestra escena, y se entretienen luego en traducir á Sardoue ó Dumas, á Legouvé ó Scribe, ó lo que es peor, Meilhac ó Haleny, (Ludovico) censura Lieru, añade, que en el teatro moderno se rinde culto mas que á la inspiración del poeta, al colorido del pintor escénico; mas que á la versificación del bate, al buen gusto ó escasa esplendidez de ropas dirigido por el sastre del teatro; mas que á Atalea á Terpsicore, y sin embargo, en su revista hay baile y poca ropa en las bailarinas, y trajes algo grotescos y decoraciones vistosas y apariciones fantásticas.

De esto resulta que, en vez de hacer una zarzuela, ha cometido una figura retórica.

El Circo de Madrid está haciendo una verdadera campaña en pró del decoro teatral.

Su empresario prefiere tener desiertas las butacas de su coliseo, á dar al público el Can-can que tanto apetece, y como el teatro es lindísimo, y como la buena sociedad acude á él, y como las funciones dan á conocer obras literarias y artísticas, si no hacen su fortuna, lo que no necesita, porque es rico, tiene el placer de brindar á las personas que aun estiman el decoro y un espectáculo honesto y agradable, y esto bien merece la pena de un aplauso.

En el Circo de M. Price, el espectáculo de siempre: amazonas que bailan y saltan sobre los caballos, que atraviesan aros; clowns que se caen, que hacen reír; ejercicios gimnásticos, perros y monos sabios, etc., etc.

El público se va aburriendo de este espectáculo.

En los Campos Eliseos hay bailes al aire libre, cuadros disolventes, exhibición de un prusiano (Julius Weiffembach) que toca á un tiempo 16 tambores y 4 bombo, fuegos artificiales, etc., etc.

Al mismo tiempo hay en Madrid innumerables cafés que ofrecen con los helados, los unos baile, los otros canciones andaluzas, los otros fragmentos de zarzuelas, los otros piezas y dramas ó las armonías del piano, otros, por último, duos de piano y violín, tercetos de piano, violín y flauta.

Esto es una delicia; por todas partes se oye música.

Al mismo tiempo los paseos están muy concurridos por la mañana y por la noche, sobre todo por la noche, y mas aun en las noches que no son de luna, porque entonces, con un modesto vestido de percal francés, de barege ó de lanilla, pueden algunas jóvenes pasar por duquesas, sin mas gasto que el de dos cuartos por una silla y uno por un vaso de agua cuando tienen demasiado calor.

Durante el mes de julio ha habido, como sabrán ustedes, cambio de ministerio.

Los partidos políticos que vivían en aparente paz, han roto las hostilidades, y al gabinete de conciliación ha sucedido un gabinete homogéneo, como suele decirse.

Los progresistas dominan en toda la línea, y los temores que se abrigan en todas partes son de que las infinitas conspiraciones que se urden estallen y continuemos siendo víctimas de los ambiciosos.

Pero como no ha de suceder mas que lo que Dios quiera, y Dios sabe mejor que nosotros lo que nos conviene y lo que merecemos, pongamos aquí punto y hablemos de otra cosa.

Mis lectores saben que la Granja es un real sitio de los mas frescos y deliciosos, y por añadidura, de los mas próximos á Madrid.

En otro tiempo acudían las principales familias de la corte, y una vez allí, no se acordaban ni de Biarritz, ni de Suiza, ni de ninguna otra parte del mundo, pero debe estar muy cambiado, á juzgar por una carta, de la que voy á reproducir algunos párrafos, para que puedan formarse una idea mis lectores de la vida que se hace en este real sitio.

La epístola es de un viajero, y entre otras cosas dice:

« He hallado los jardines desiertos á todas las horas del día; sus frondosas alamedas, donde la concurrencia de forasteros era tan numerosa otros años, sobre todo por las mañanas, están ahora solitarias y respirando tristeza. El paseo de Segovia, donde antes se paseaba por las tardes, está también abandonado; solo se ven en él á algunos soldados ó á algunos canónigos de la colegiata.

Y sin embargo, me aseguran que pasan de cuarenta las familias de Madrid que se hallan de temporada en este pueblo. Algunos se dejaron ver el día de Santiago, que hubo música por la tarde en los jardines, y corrieron varias fuentes.

Lamentábame yo ayer de la falta de animación que observaba, é insistiendo en mi duda de que hubiera tanta gente de Madrid, la señora de M., que me escuchaba, me invitó á que asistiera por la noche á su casa, donde

hallaría una distinguida concurrencia. Era el santo de su madre y las preciosas nietas habían dispuesto unos cuadros vivos para festejar á la amable y bondadosa abuelita.

El que como yo, había disfrutado este invierno de igual diversion en los salones de la calle de Fuencarral y conocía la *troupe*, no podía faltar á la cita, prometiéndome disfrutar de un agradable espectáculo. Y así fué en efecto. Dos fueron los cuadros que representaron, además de una escena de *el Joven Telémaco*, en cuya representación iba envuelta una preciosa charada. Tomaron parte en ella las señoritas de Mateos, Manrique, Mammola, Ahumada y Buruaga, y los jóvenes Mateos y Villa-Urrutia, desempeñando cada uno su papel á la perfección, y viendo con sentimiento los espectadores la caída del telón al final de cada cuadro. A la charada siguieron los walses y rigodones, á estos un delicado *buffet*, y mas tarde un prolongado cotillon.

Entre las señoras que recuerdo, se hallaban la duquesa de Ahumada, condesa de Campo-Alange, marquesa de los Ulagares y la de la Granja, de Arco, de Alvarez, de Dumont, etc. También recuerdo entre ellos al marqués de los Ulagares, al de la Granja, al del Quintanar, á los duques de Tamames y de Ahumada, al baron de Mammola, á los señores Villa-Urrutia, Arco, Dumont, Casani y otros.

Aseguro á Vd. que me hallé agradablemente sorprendido de verme entre tanta gente despues de cinco dias de soledad.

Pero como todas las medallas tienen su reverso, hé aquí como prosigue refiriendo sus impresiones el viajero:

« Una de las molestias que no puedo pasar en silencio, es la que tenemos con los pobres, que nos acosan y persiguen en bandadas, y á quienes no hay medio de socorrer en totalidad, por su excesivo número. La otra tarde me propuse llevar cuenta de los que me pidieran y para no equivocarme, me eché en cada bolsillo del pantalón una peseta en monedas de á dos cuartos. No crea Vd. que exagero, á mitad de paseo se habían agotado los ocho reales; por manera que pasaban de treinta y dos los pobres que se me acercaron. Ahora recuerdo que al comenzar mi carta decía á Vd. que no se veía ni un alma; rectifico: se ven pobres á centenares.

Por supuesto que los paseos no se riegan, como se hacia anteriormente, y no será por falta de agua ni por falta de brazos que emplear. Los puentecillos de la vuelta ó paseo de la Casa de Vacas, no permiten el paso de carruajes, por estar medio hundidos; los caminos que antes cuidaba el patrimonio, tambien se hallan en lamentable estado, llenos de baches é intransitables.

Ni aun teatro tenemos este año. Llegó hace pocos dias una compañía dramática, con ánimo de dar treinta funciones; pero señaló los precios de las localidades á tal tipo, que no halló mas abono que el de un palco; en vista de lo cual nos ha abandonado. Es verdad que en otros tiempos las compañías que aquí actuaban, recibían una subvención de altas regiones, y así ponían los precios de los billetes mucho mas bajos que ahora.

Nada digo á Vd. acerca de la estancia de la corte, porque me he apercibido de ello; hasta la parada se hace sin música.

Total: En la Granja, por cada noche de diversion se pasan ocho de aburrimiento.

Si al menos los que hay allí fueran aficionados á leer, podrían pasar el tiempo deliciosamente con solo adquirir alguna de las últimas publicaciones.

De una de ellas os hablé en mi última revista, esto es; de la titulada, *Tipos y Paisajes*, segunda serie de escenas montañosas, por Pereda, pero como no basta lo que se dice, sino lo que se ve, voy á ofrecerles una muestra de las bellezas descriptivas de esta hermosa galería de cuadros, tomando algunos párrafos del capítulo titulado, *Los chicos de la calle*.

« Los séres que con este nombre se designan vulgarmente en Santander, tienen mas de seis años y no pasan de doce; andan en bandadas como los gorriones, y como estos son dañinos y objeto de la general antipatía.

» Usan un remendado pantalón de indefinible género, una camisa que siempre es vieja, y á las veces blusa: nada de zapatos y muy poco de gorra.

» Son alumnos de la *escuela de balde*; y aunque concurren á ella dos ó á lo sumo tres veces al mes, llevan siempre al costado y pendiente de un hiladillo azul, una cartera ó bolsa de lienzo manchada de tinta, que contiene un *Amigo de los niños*, una pluma de ave reseca y abierta de puntos, un pliego de papel rayado para *planas de segunda*, ó cuando mas de *cuarta*, la mitad de ellas en blanco y la otra mitad escritas, todas estas corregidas por el maestro con la calificación de *pésimo*, entre unas cuantas crucecitas que significan otros tantos zurriagazos ó palmetas por vía de *recompensa*; y por último, un cuaderno de hechura casera para cuentas, con forro de papel de estraza.

» La misión de estas criaturas es vivir al aire libre, fijarse en todo cuanto ven, atropellar lo mas respetable, atravesarse donde mas estorban... hacen en fin, todo lo contrario de lo que conviene á los demás.

» Empiezan sus proezas al amanecer, porque es de advertir que los angelitos madrugan tanto como el sol. Revuelven los basureros, y son objeto de su predilección los recortes de papel y telas de color, los pedazos de cuerda, cacerolas de latón, todo objeto sonoro y las ratas. ¡Las ratas! Un hallazgo de esta clase es una ganga para ellos: cogerlas vivas, la mayor de sus satisfacciones.

» Los recortes de color les sirven de papel moneda; juegan con ellos al *punto-blanco*, y el que gana diez ó

doce pedazos, sabe que tiene un cuarto seguro, en cuanto los saca á la plaza, es decir, en cuanto propone su venta á cualquier camarada. Las cuerdas le son indispensables: á un chico de la calle nunca le falta algo que amarrar, y en último caso se hace con ellas un látigo, que siempre es de gran utilidad en sus manos. Las cacerolas de latón sirven para hacer ruido empujándolas con el pié de calle en calle, ó para colgárselas del rabo al primer perro que se balle durmiendo al sol. Las ratas muertas, atadas á una cuerda, son de lo mejorcito para dar sustos á los transeuntes, echándoselas á la descuidada entre los piés: melérselas en la cesta á la fregona que vuelve de la compra, es para los granujas un lance de primer orden: encajárselas en la pechera de la camisola á un niño decente y vestido á la moda, es poner una pica en Flandes, y si la pobre criatura se accidenta de susto, muchísimo mejor. Con las ratas vivas tienen mayor efecto estas hazañas, porque las sorpresas son mayores. Pero no es por esto solo por lo que los chicos prefieren á las ratas muertas las vivas; á una de estas, despues de haber recorrido con ella las calles y los mercados, se la lleva al muelle, se le hace nadar á todo lo largo de él en las aguas de la bahía, y cuando está hinchada como una pelota y sin fuerzas para nadar, se la conduce á una plazuela, y allí colgada por el rabo, se la asa viva, se ven los gestos que hace cuando le llega el fuego á los hocicos, cómo se le contrae la piel, cómo sube la llama á medida que gotea sobre los tizones la grasa de la víctima, y se observa minuciosamente cómo van siendo cada vez mas débiles y tardíos sus desesperados quejidos de dolor... Esta *satisfacción* no puede proporcionársela á los pequeños tiranos una rata muerta.

» A las horas de entrar en la escuela, huyen de su puerta como el diablo de la cruz, y se desparraman por las calles para no llamar la atención de la policía; rondan los almacenes del comercio y recogen el azúcar deramado sobre las losas ó lo extraen con una astilla por las hendiduras de las cajas.

» Ayudan algunas misas en San Francisco y se pirran por las *recortaduras* de la sacristía; se disputan la campanilla para acompañar al viático por las calles y *ufan*, es decir *trincan*; mas claro, roban las *lágrimas* de los blandones.

» Acuden á todos los bautizos y acorralan, persiguen é insultan, llamándole *pelón* por las calles, al padrino que no les tira al robo, algunos puñados de monedas.

» Se introducen en las cuadras de los mesones de Santa Clara, y arrancan á los machos las cerdas de la cola, para hacer aparejos de pescar.

» En la plaza de la verdura *afanan* al paso huevos y castañas, y encaramándose unos sobre otros, despegan los carteles impresos de las esquinas.

» Se fijan en toda persona que se cae en la calle ó que revele en su fisonomía ó en su actitud, ser víctima de algun suceso extraordinario, la rodean, la siguen, la abochornan con su escandalosa curiosidad; y si los reprende la silban, y si es muy tímida por naturaleza, la vuelven loca.

» Ellos se encargan, aullando de placer, de *ejecutar* á todos los perros que lleguen al muelle, condenados á morir ahogados. Los arrojan al agua, junto á la Capitanía del puerto, y los conducen á pedradas hasta el merlón, si la infeliz víctima no expira, como suele suceder, á medio camino. A los angelitos les parece demasiado sencillo, para acabar con un perro, el conocido sistema de echarle al agua con un canto al pesceuzo.

» En los portales de vecindad juegan á la pelota á *dos paredes*, y hacen de estas un libro de memorias. En ellas escriben todas sus grandes impresiones del día, es decir, los nuevos motes de sus amigos, lo mas grave que á estos les haya ocurrido recientemente, y algunas otras *menudencias*, que no me es lícito copiar aquí. También retratan á su modo á los *policías* mas populares de la ciudad, añadiendo á la efigie observaciones curiosas; y harto pretenden reproducir las escenas que mas les han admirado en el Teatro ó en el Circo.

» Por no perder tiempo, cuando consumada una fechoría, se trasladan para emprender otra á distinto punto de la ciudad; mientras andan y discuten van rayando con yeso los tableros de las tiendas, abriendo las puertas que están cerradas y tocando marchas en los cristales de los escaparates. Si hay lodo en las calles, es de rigor que borren con él cuanto letrado ó muestra reciben pintados hallen al paso.

» Es de su incumbencia exclusiva aclimatar los juegos nuevos y conservar el orden de sucesión establecido para los viejos. Ellos son quienes sacan los *plomos* cuando las *canicas* empiezan á cansar; quienes reemplazan los plomos con la *birla*, esta con la *trompa*, la trompa con la *cometa*, y la cometa con la *cuerda*.

» Ocho dias antes de Semana Santa recorren las calles formados en batallones imponentes y batiendo con entusiasmo feroz *mazos* y *carracas*, cuyo estrépito aturde al vecindario.

» El domingo de Ramos transforma la población en un bosque ambulante de laureles: montan sobre el ramo al camarada que juzgan mas á propósito, y conduciéndole á hombros cantan todos á coro un romance que comienza así:

« Bendito sea el que viene  
En el nombre del Señor,  
Bendito sea el que viene...  
¡Aquí viene el Salvador!

» El día de la Candelaria recorren las calles en igual

forma, pero llevan romero en lugar de laurel, y en vez del romance del dia de Ramos, con la misma música de este... *este otro* (y llámolo así, porque no se qué nombre dar á tan peregrina estrofa) :

« Cuando la Candelera llora  
El invierno bota afora ;  
Cuando se rie  
Está por venir.

» Aman con delirio los precipicios y las grandes alturas; y no pudiendo, por falta de permiso, montarse sobre la torre de la catedral, se columpian en las cadenas del warf del merlon, y se encaraman en las pilas de madera del muelle de Maliaño.

» Poseen como los monos el instinto de la imitacion, y remedan en las calles lo que han visto hacer en la plaza de toros á los acróbatas, á los osos ó á *Cúchares*.

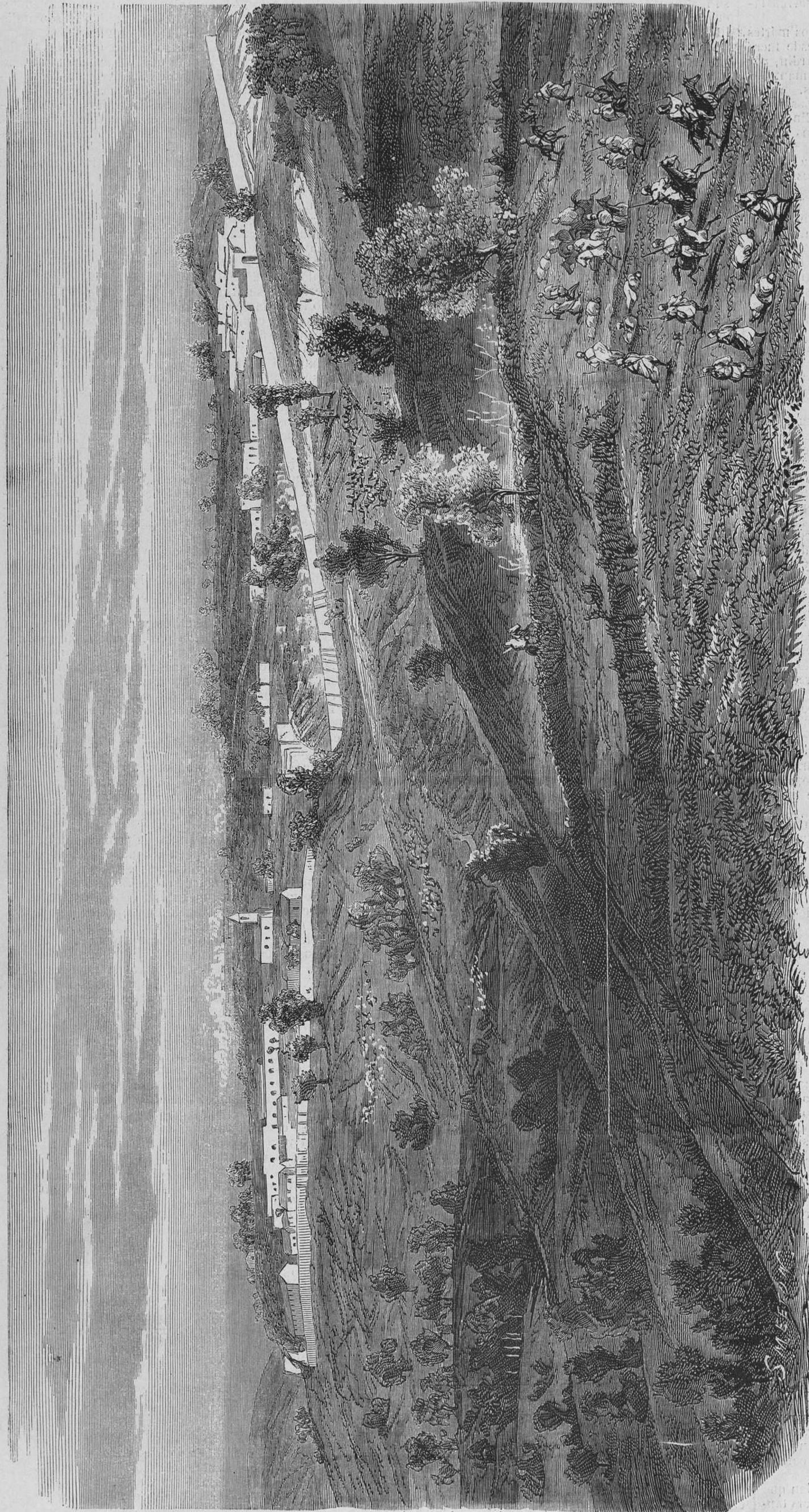
A este propósito cita el amigo Pereda, que, como ven mis lectores, es un gran pintor de costumbres, un ejemplo curioso.

« Cuando se inauguró el ferrocarril de Santander á Bárcena, recuerdo haber visto á los chicos jugar á los *trenes*, imitándolos con una precision pasmosa. Colocábanse diez ó doce de ellos en fila, apoyadas la cabeza y las manos de los de atrás en las espaldas de los de adelante. El que formaba el primero, hacia de locomotora, y tenia la habilidad de imitar maravillosamente los silbidos y resoplidos de esta máquina. El segundo hacia de maquinista. Diferentes portales eran otras tantas estaciones. Formado el tren, el chico-maquinista levantaba la gorra del chico-locomotora, el cual, como si realmente le hubiesen destapado una válvula, comenzaba á pitar que se las pelaba, y pitando continuaba hasta que caia la gorra otra vez sobre su cabeza; siendo de advertir que habia tal relacion entre la voluntad del maquinista y la suya, que los pitidos seguian los movimientos de la gorra, con la misma precision que siguen á los de la mano de un maquinista verdadero los tonos del silbato de la máquina que guia. Después de este requisito el tren se ponía en marcha poco á poco, y á vueltas de muchos resoplidos paraba en cada estacion, previos los pitidos de rubrica, y con el mismo ceremonial tornaba á la estacion en que se habia formado.»

Terminado el retrato de los granujas, dice :

« Tienen una aficion que raya en locura á los espectáculos públicos; á los volatines especialmente. Los toros los gustarian mucho mas; pero como son muy caros y se ejerce á las entradas de la plaza una vigilancia de todos los diablos, no se atreven á pensar en *colarse de mogollon*. Cuando se acercan las corridas y ha llegado el ganado, se van todas las tardes á verle á los prados de la Albiricia, le acompañan al observadero al lado de los pastores, averiguan el nombre de estos, saben cuáles son los toros de cada corrida, y á la cuarta ó quinta visita andan por el prado á media vara de los bichos. Indagan en qué fonda ó posada paran los toreros, rondan su habitacion, cuando la conocen, y mirando á las ventanas por si se asoman los, para ellos héroes entre los héroes habidos y por haber, se pasan horas enteras. A la de

LA INSURRECCION DE ARGELIA. — Ataque del Fuerte Nacional por los indigenas.





LA INSURRECCION DE ARGELIA. — Vista del Bordj-Tizi-Uzu durante el incendio de la aldea francesa.

la corrida se van al *arrastradero*; y allí, metidos hasta las rodillas en un charco de sangre, pugnan y sudan el quilo por arrancar á los toros y caballos que salen arrastrados de la plaza, una banderilla del morrillo ó media docena de cerdas de la cola; menos aun, por tocar con los piés la cabeza de estos animales; por ver *un poquitin* el interior de la plaza en el momento en que salen ó entran las engalalanadas mulas cuya suerte envidian.

Se los halla infaliblemente junto al despacho de billetes del teatro, y piden á cuantas personas se acercan á tomar localidad, *dos cuartos* que les faltan siempre para completar el valor de una entrada. Los que con este recurso la adquieren, un poco tarde siempre, llegan á la *cazuela* pidiendo plaza á todo el mundo y pisando muy recio. Ya sentados, se mueven mas que las ardillas, porque todo les llama la atención. La frase mas insignificante en boca del *gracioso* les hace reir á carcajadas, y piden con estrépito que se repita. Cuando oyen aplaudir á los demás, ellos silban como cien huracanes, no porque desapruében los aplausos, sino porque el silbido es la gran expresion de su entusiasmo, lo mismo en el teatro que en la plaza. Saborean con delicia todas las situaciones de un melodrama (género por el que se pelean); y tal les abstraen el gozo, que se olvidan del lugar en que se hallan y del público que les rodea. Solo les escucece el deseo de saber si tal camarada, que es algo distraído, está como ellos bien al tanto de lo que pasa en el escenario. El tal camarada suele distar de ellos todo el diámetro de la *cazuela*. Mas, ¿para qué les dió Dios una voz extensa y penetrante? Aprovechan, pues, una situacion en que se oiria volar una mosca en el teatro, y entablan á grito pelado un diálogo como el siguiente:

« — ¡Ay qué Dios!... ¡*Rajuca!*»

» — ¡Queeeé!

» — ¡Miale, miale!... ¡Ese que arrastra á la dama!

» — ¿Qué casulla tiene, eh?

» — ¿Sabes quién es?

» — El marido de la marquesa que salió endenantes.

» — ¡Quiá!... El que hizo la otra noche de general y luego lo llevaron á la horca.

» — ¡Si aquel era mas gordo!

» — ¡Cómo no fuera!... ¡Si lo sabré yo!... ¡Le he visto tantas veces al balcon! Vive en casa de *Chiripa*, que tiene su padre posada de comediantes. Güena va la comedia, ¿eh?

» — ¡De *mi flor!*

» — ¿Tienes algo de pan?

» — No, *precebias*.

» — Arria un par de ellas.

» — En abajándose el telon, etc. etc.»

Hasta aquí la viva y exacta pintura de Pereda, que muchos de mis lectores en su caliad de montañeses podrán abonar como auténtica, y que á todos recordará los *chicos* de la calle de los pueblos, que en casi todas partes vienen á ser lo mismo.

No menos bello es el libro, que, con el titulo de *Costas y Montañas* ha publicado Juan García, paisano de Pereda.

Debo citar tambien entre las obras nuevas *La Fontana de oro*, novela política del apreciado escritor señor Perez Galdós.

Hé aquí algunos párrafos del

artículo que al dar cuenta de este libro ha dedicado uno de los mejores críticos :

« Los caracteres y las costumbres, hé ahí los objetos de estudio para Balzac y Conscience ; hé ahí también los que parecen haberlo sido para el señor Perez Galdós. La descripción de las reuniones de La Fontana, de los motines de las calles, no valen lo que la de aquellos personajes, que viven, que se mueren dentro de la fábula ; ni lo que la fiel pintura de la agitada época donde ha fijado la acción de la novela.

» Histórica llama á esta el señor Galdós, y no lo es sino hasta cierto punto, porque si bien enlaza las ficciones de la mente con hechos que entonces ocurrieron, no influyen ellos decisivamente en el argumento, ni determinan su desarrollo ni su desenlace.

» Fantásticas, son, pues, las figuras que ofrece á nuestros ojos, excluyendo á Fernando VII, que por breves instantes ocupa la atención del lector ; pero en eso consiste el mayor mérito de esta parte de la obra ; en que el señor Perez Galdós ha dado tal vida y tal colorido á sus creaciones, que cuesta trabajo persuadirse de que no han existido realmente.

» Don Elías Orejón, llamado *Coletilla*, sobre ser tipo fiel del fanatismo político, se distingue por la admirable consecuencia con que está sostenido el carácter ; pero el de doña Paulita Porreño es mas bello y original todavía, y el que puede calificarse de verdadera creación.

» Aquella pobre mujer, dotada de un alma ardiente, de un corazón generoso, que ha consagrado las facultades de la una, los sentimientos del otro á un ascetismo exagerado ; aquella casta doncella, cuyas pasiones se despiertan en un momento con extraordinaria violencia ; que en la edad madura quiere conocer la vida y el amor ; que desprecia lo que antes amaba, y ama lo que aborrecía antes, basta para probar el talento inventivo del señor Galdós, y sus conocimientos psicológicos.

» Otros personajes están igualmente pintados de mano maestra : las hermanas de doña Paulita, aunque mas vulgares ; el abate Carrascosa, el barbero Callejo, el poeta clásico, la patrona de huéspedes doña Leoncia, son fotografías de aquel tiempo, y contribuyen además á completar el cuadro.»

De la novela escrita á la novela en acción, la transición no es violenta, y por lo mismo voy, en breves palabras, á contaros una novela, cuya primera parte ha tenido su desenlace una de estas mañanas en la iglesia de San Ginés, de Madrid.

Una joven estaba en relaciones amorosas con un pollo, nada menos que desde el mes de setiembre de 1868. Su amor era contemporáneo de la revolución.

Los dos se amaban como los progresistas y los demócratas, digo, no ; mas desinteresadamente que ellos.

Había habido todo aquello de cartas, prendas de amor, ricitos, flores secas, guantes perfumados, etc.

Los dos habían repetido la famosa frase, ya trasnochada, de : « *Tu amor ó la muerte.* »

La única que no habían tenido la debilidad de decir, era : « *Contigo pan y cebolla.* »

De pronto llega de la Habana con una carta de recomendación para el padre de la niña, empleado en una de las oficinas de Madrid, un hombre de cuarenta á cuarenta y cinco años, cargado de onzas de oro, pero sin haber podido dejar el pelo de la dehesa á pesar de haber cruzado el mar dos veces.

De mancebo de una tienda de ultramarinos en Madrid, fué á la Habana á seguir desempeñando el mismo cargo, y llegó á ser dueño de un comercio, liquidó y regresó á España convertido en indiano.

El papá de la joven vió en aquel hombre una mina para su hija, la indicó su idea, y la muchacha se dió tal maña, que al poco tiempo escribía una carta á su joven adorador, diciéndole :

« Soy buena hija, y no tengo mas remedio que obedecer la voluntad de mi padre. Doy mi mano á don Fulano de Tal, indiano muy rico, pero mi corazón siempre será tuyo.»

El amante de la joven se desesperó, compró una caja de fósforos para envenenarse, y creyendo que los fósforos no serian bastante eficaces, entró en el estanco y compró un cigarro de tres cuartos.

Posteriormente fué á la taberna inglesa de la Carrera de San Gerónimo, apuró dos *bock*, y ¡oh prodigio ! la cerveza le inspiró una idea.

El joven adorador de la muchacha positivista conocía á una viuda de cuarenta años, que poseía en Madrid nada menos que diez tiendas de comestibles de las mejores, con lo cual dicho se está que reúne una renta de mas de 40,000 duros anuales.

— Yo me vengaré de la ingrata, pensó.

Y dirigiéndose en casa de doña Tadea la hizo una declaración en toda regla, que la buena señora aceptó, porque al fin y al cabo ella era libre, no tenía hijos, y el galán, aunque pobre, era apetitoso.

— ¿ Con que me acepta Vd. por marido ? la preguntó.

— Sí, señor, pero con una condición.

— Usted dirá.

— La de que ha de vestirse Vd. con mucho lujo y ha de venir Vd. conmigo á los paseos, á los teatros...

— No deseo otra cosa.

— Tendremos carretela ó iremos á la fuente Castellana. En una palabra, viviremos como unos príncipes. El mismo día se mandó hacer la tendera media docena de trajes por las manos de hada de Honorina.

El próximo marido de la ingrata se mandó fabricar un traje de etiqueta por Caracüel.

Las bodas se verificaron el mismo día ; y ¿ lo querrán ustedes creer ? La joven elegante está celosa de la ten-

dera llena de arrumacos, y el joven envidioso del extendido de comestibles.

Dentro de poco comprenderán que su corazón se ha equivocado ; pero podrán llegar á ser dichosos si logran que su estómago reemplace su corazón.

Una anécdota para concluir.

Hace dos días pasaba por una calle de los barrios bajos una familia de las que suelen ser calificadas de patriarcales.

Volvían al anochecer del campo, después de haber merendado á la sombra de un árbol.

El marido llevaba un niño en brazos, otro de la mano, y además una cesta y dos sombrillas bajo el brazo.

La señora llevaba otros dos niños.

La niñera otro chico y la cesta de los comestibles.

Por último, iba el ama con un cachorro.

Al pasar por delante de una posada, y al ver una mula, preguntó el papá al carretero :

— ¿ Es falsa ?

— No, señor, contestó aquel con sorna.

— Es que á veces... si les pica la mosca...

— Pase Vd., pase Vd., añadió el carretero, que lo que es esa mula tiene mas *pacencia* que un hombre *casao*. Si está el marido en el Congreso pide la palabra para una alusión personal.

JULIO NOMBELA.

Madrid 31 de julio de 1871.

### Revista de Paris.

Paris no se halla al cabo de sus tribulaciones ; parece que una suerte fatal le persigue, pues apenas se ve libre de una desgracia, cuando ya en el horizonte aparece otra, y todas ellas á cual mas inesperadas y mas terribles. Después del sitio, con sus largas é insostenibles privaciones coronadas con el bombardeo que hizo tantos destrozos y tantas víctimas, la Commune con todos sus horrores, robos, asesinatos, incendios. Mas al fin se domina la situación : las tropas del gobierno legal vencen á las turbas de la insurrección, Paris respira, ya se promete en un breve plazo, la vida y el movimiento ; poco á poco, á medida que se vayan cicatrizando las heridas que ha recibido esta nación, su capital recobrará su prosperidad antigua. Esta esperanza es general, no hay parisiense que no se entregue á ella.

Pero ¡ ay ! no tardamos mucho en hallar un tropiezo. Paris se halla amenazado de dejar de ser la capital política de la Francia ; como en tiempo del brillante rey Luis XIV, el gobierno republicano de 1871 debe instalarse definitivamente en Versalles, porque así lo quiere la mayoría de la Asamblea.

Hace tiempo que esta idea trabaja la imaginación de los representantes populares. M. Thiers debió hacer en Burdeos esfuerzos sobrenaturales para decidir á los diputados en favor de Versalles que, es como si dijéramos, las afueras de Paris ; pero el jefe del poder ejecutivo entendía, como era natural, que se trataba solo de un establecimiento provisional y que en un breve plazo la representación nacional, viéndose ya despejada la situación, se instalaría en Paris definitivamente.

Así pasaron algunos meses. La idea no se abandonaba ; mas como sus adictos se mostraban caídos, el gobierno iba tomando sus disposiciones para restablecer los servicios públicos en Paris, y se pensaba generalmente que la cuestión acabaría por dormir el sueño eterno que tanto la convenía.

No ha sido así ; y un día de la semana pasada ha venido á despertarse con un vigor de que los parisienses no la creían dotada. Dícese que las elecciones municipales han suministrado la causa ó el pretexto, para que M. Ravinel, autor de la proposición, la resucite ahora con mas fuerza.

Con efecto, M. Ravinel ha vuelto á la carga, la Asamblea tomó en consideración su proposición, votó la urgencia, reunieron las comisiones, y todas, sin exceptuar una sola, han nombrado comisarios favorables al proyecto.

La discusión en las comisiones no ofreció, según se refiere, grandes peripecias. Todo diputado que hablaba contra Paris, era aplaudido y nombrado comisario ; y todo aquel que demostraba la inconveniencia, el peligro de adoptar una resolución semejante, salía vencido en la votación por una gran mayoría.

En resumen, por lo que hasta hoy vemos, solo la izquierda combate la proposición que, por lo tanto, cuenta con todas las probabilidades de ser aprobada.

Es verdad que nos falta conocer la actitud de M. Thiers.

En todas ocasiones M. Thiers se ha mostrado partidario del regreso á Paris ; pero ¿ tendrá en esta la suficiente autoridad para arrastrar á la Cámara ?

Lo cierto es que el desacuerdo entre M. Thiers y la mayoría, se extiende á tantas cuestiones que podría llegar el caso en que no se inclinara la mayoría, y justamente en la que nos ocupa ha formado un empeño que no nos hace augurar un buen resultado.

A nuestro juicio, la única esperanza es que se encuentre un término de transacción, como acaba de encontrarse en otra cuestión, la de las indemnizaciones á los departamentos invadidos.

La comisión y la mayoría querían que la Francia entera fuese solidaria de los daños causados por la guerra : Monsieur Thiers rechazaba el principio, si bien comprendía la justicia y la necesidad de que se hiciera algo en favor de las provincias arruinadas ; pero esta concesión, que aparecía con el carácter de un socorro ó limosna, no fué del gusto de los diputados, y seguramente si no se hubiese aplazado el debate, no creemos que M. Thiers se hubiese llevado el triunfo.

Ahora bien, en este plazo el jefe del poder ejecutivo se entendió con la comisión ; la palabra *indemnización* se suplió con la de *resarcimiento ó desquite*, y por unanimidad se dió la Cámara por satisfecha.

¿ No podría encontrarse otro sinónimo tan feliz como este, para evitar el golpe que á Paris amenaza ?

Frente á frente con la mayoría, mucho tememos que el gobierno salga vencido en este punto importante.

Y lo tememos, porque como hemos dicho, son muchas las divergencias de opinión que hay pendientes entre M. Thiers y la mayoría de la Asamblea.

Por ejemplo : la mayoría se inclina al servicio obligatorio general, y M. Thiers está por la opinión opuesta.

La mayoría quiere que se disuelva la guardia nacional, y M. Thiers desea conservarla, al menos momentáneamente.

Muchos diputados condenan los impuestos sobre las materias primeras ; M. Thiers desea establecerlos.

El impuesto sobre la renta gana terreno cada día, y cada día M. Thiers protesta mas y mas contra semejante impuesto.

En lo que concierne á la instalación en Versalles, no es menos viva la oposición del jefe del poder ejecutivo.

Un corresponsal de un diario parisiense dice que la decisión de permanecer en Versalles, no se presenta en las comisiones como un castigo aplicado á Paris por los crímenes, cuyos autores son juzgados en la actualidad por los consejos de guerra.

La opinión mas acreditada, es que se trata solo de una medida de seguridad reclamada por la Francia entera, por los departamentos, y lo que nos parece á nosotros mas duro de creer, por los mismos parisienses.

Parece ser que algunos parisienses pertenecientes á las clases conservadoras, han suplicado á los miembros de la Asamblea, que continúen en Versalles.

Un diputado asegura haber recibido de varios habitantes de Paris, la declaración siguiente :

« Si volveis á Paris, os prepararemos no el palacio Bourbon, sino el palacio de Charenton. »

Esto es, una casa de locos.

Un propietario de Paris ha escrito también en estos términos :

« Pido que la Asamblea permanezca en Versalles, porque prefiero perder algo en mis alquileres, antes que asistir á un nuevo motin y que peguen fuego á mi casa. »

Por último, uno de los comisarios nombrados, M. Cezanne, pronunció estas palabras.

— Señores, quedémonos en Versalles. Yo era estudiante cuando la revolución de 1848, y fui uno de los invasores de la Cámara el día 15 de mayo. Sé lo que son estas cosas y por eso me opondré á que se repitan.

M. Cezanne es el único republicano que han nombrado comisario, y solo porque se expresó así ; mas aun, acaban de nombrarle redactor del dictamen en que se propone la instalación definitiva de los ministerios en la antigua corte de Luis XIV.

Es probable que la semana próxima podremos ya decir á nuestros lectores cuál ha sido la resolución de la Cámara.

Decíamos al principio de esta revista, que parece que una suerte fatal se encarna contra Paris desde que los prusianos se acercaron á sus muros, y efectivamente, si la Asamblea decidiera la instalación definitiva en Versalles, no cabe duda que este último golpe tendría también funestas consecuencias.

Para convencerse de ello, no hay mas que echar una ojeada al luminoso é interesante informe sobre la situación de la capital, que el prefecto, M. Leon Say, ha presentado á los consejeros municipales.

La situación es apurada en extremo. Las deudas ascienden á muchos millones, y para cubrirlas se necesita apelar á un empréstito.

Estas deudas proceden : 1º de la transformación de Paris ; 2º de los gastos que ha exigido el sitio, y 3º de las inmensas pérdidas que ha tenido esta gran capital durante la revolución de la Commune.

Así es que con toda exactitud M. Leon Say puede llamar el empréstito de 350 millones de francos que propone, un empréstito de *liquidación*.

Ya no se trata de gastos superfluos ; no se trata de continuar los asombrosos planes de M. Haussmann, que habrían hecho de Paris una ciudad de palacios, donde precisamente no habrían podido habitar mas que los grandes capitalistas ; sino de pagar las obras concluidas ya, y saldar la cuenta.

Modestamente se atribuye una suma de 19 millones al

servicio de la arquitectura, esto es, á la reparacion de ciertos edificios, y á los trabajos de reconstruccion del Hotel de Villa.

Cuando se hayan pagado las deudas existentes mas apremiantes, quedará una suma de 210 millones para satisfacer al Banco de Francia la contribucion de guerra exigida por los prusianos.

¿No será el Estado responsable de esta última deuda? La cuestion está pendiente aun; pero generalmente se da por seguro que el gobierno piensa considerarla como una deuda nacional.

El prefecto condena positivamente toda operacion análoga á las que hemos visto en Paris durante los años del imperio; pero en cambio promete su apoyo á los gastos útiles, como la asistencia y la instruccion públicas.

«Tenemos calles y bulevares, dice el prefecto, y lo que ahora debemos preguntarnos, es si tenemos bastantes escuelas en esos bulevares, y bastantes asilos y hospicios en esas calles. Debemos preguntarnos si tenemos bastante agua pura, ese gran remedio contra las enfermedades epidémicas; si tenemos bastantes mecheros de gas, ese elemento de seguridad; en otros términos, debemos preguntarnos si habiendo ya hecho la estatua, hemos podido introducir en ella la sangre y el alma que necesita para que tenga vida y movimiento.»

El consejo municipal se muestra favorable á esta indispensable liquidacion, y por lo tanto entra naturalmente en el órden de ideas del nuevo prefecto, cuyo sistema se reduce lisa y llanamente á hacer economías, hasta que los recursos de la villa se hallen equilibrados como antes del imperio.

A la hora en que escribimos esta revista, han comenzado en Versalles las audiencias de los consejos de guerra, para juzgar á los miembros de la Commune que han caído en manos de la justicia.

Diez y ocho son los principales procesados que forman la primera série.

A su cabeza figura Ferré, sobre el cual pesan terribles cargos; pues se le acusa de haber incendiado los monumentos públicos, y de haber provocado y ordenado como cómplice, el asesinato de los rehenes.

Assi, Billioray, Pascal Grousset, Lullier, Courbet, Jourde, Trinquet, Regere, Champy, Rastoul, Verdure, Ferrat, Lisbonne, Urbain, Descamps, Clement y Parent, son sus compañeros que, en mayor ó menor grado, aparecen culpables tambien de los mismos crímenes, pillaje, incendio, guerra civil y todo lo consiguiente al estado de rebelion contra el gobierno legal, que ellos proclamaron.

Los debates serán largos é interesantes, á juzgar por las dos primeras audiencias que ha habido hasta hoy, y por excepcion, publicaremos en nuestro periódico un análisis de esta causa, pues la Commune ha ocupado ya bastante espacio en nuestras columnas, para que no consideremos oportuno cerrar tan deplorable historia, refiriendo tambien su desenlace.

Entre tanto diremos que la actitud de los acusados ante los jueces es muy diversa: los hay que por su humildad y su abatimiento demuestran que conocen la situacion en que se han colocado; en tanto que otros, como Ferré, hacen gala de altanería y de insolencia.

Ferré se ha propuesto no contestar á ningun cargo, y no ha querido que ningun abogado le defienda, y como se le ha nombrado un defensor de oficio, todo son protestas por su parte.

Se envanece de haber formado parte de la Commune, y niega que la órden que se le atribuye mandando quemar el ministerio de Hacienda, sea obra suya.

De todos modos el presidente del tribunal, coronel Merlin, ha debido declarar terminado su interrogatorio, en vista de su obstinado silencio, que solo ha roto, como hemos dicho, para negar la autenticidad de aquella famosa órden.

La concurrencia á las sesiones del consejo no es tan grande como se esperaba; pero de todos modos la causa interesa lo suficiente para que en el dia de hoy sea el principal objeto de la curiosidad de los parisienses. Los periódicos no hablan de otra cosa, y además se venden en número considerable las hojas volantes con los retratos de los acusados, y la relacion de los debates hecha por horas. Es un motivo mas para que demos á conocer á nuestros lectores, siquiera sea por un resumen, lo mas notable que arroje de sí tan célebre causa.

MARIANO URRABIETA.

## El Hotel de Villa.

(Conclusion. — Véase el número 969.)

Volvemos á bajar hácia el patio Luis XIV, y antes de proseguir nuestra visita echaremos una ojeada á la Sala

Saint-Jean, donde están hoy las oficinas de los arquitectos que trabajan en tomar las dimensiones exactas de las cosas destruidas, en rehacer los planos, en reconstruir el palacio municipal. Mucho costará la reconstruccion completa del monumento. ¡Qué de espectáculos ha visto esa sala Saint-Jean! Allí se hacia el sorteo de la quinta, allí se proclamaba el resultado de las elecciones.

El comité central, antes de apoderarse de la sala de la República (sala del Trono), celebró allí sus primeras sesiones, delante de los cortinajes rojos, en cuyo fondo se destacaba el busto blanco de la República. Ahora se ven en un rincon restos de candelabros, fragmentos de estatuas y piezas del famoso centro de mesa de la villa de Paris.

El Hotel de Villa tenia tres patios interiores, á la izquierda, el de las Oficinas, en el centro el de Luis XIV, y á la derecha el del Prefecto. Con efecto, el pabellon de la derecha, que da al rio, estaba destinado á las habitaciones del prefecto, en tanto que el de la izquierda servia para las oficinas del municipio. Toda la parte central del monumento estaba ocupada por la sala del Trono, que se llamó sala del Pueblo despues del 4 de setiembre, y por la sala de las Legiones. Cada cuerpo de construccion tenia, en cierto modo, su vida propia. A la izquierda, el movimiento de los pretendientes y de los reclamantes, la afanosa multitud, que daba al edificio la verdadera fisonomía de la Casa comun. A la derecha, todo lo concerniente á la vida íntima del prefecto.

El mueblaje de todas las piezas ofrecia ese aspecto de lujo de relumbron, que está tan en moda. Se llegaba á las habitaciones por angostos corredorcillos y por pequeñas escaleras alfombradas. Durante la Commune, madama Assi ocupaba en el Hotel de Villa los aposentos de seda azul de madama Dolfus.

Como las sesiones cotidianas del gobierno de setiembre solian prolongarse hasta muy entrada la noche, tenían fiambres en la primera sala de los bajos, aquella misma en donde exhaló el postrer suspiro el general Negrien, en junio de 1848.

Encima de estos aposentos se hallaba el gran salon Amarillo, punto de reunion del gobierno de la defensa nacional (1). El 31 de octubre, los batallones de Flourens y de Blanqui tuvieron presos en ese salon á Jules Favre, Trochu, Picard, etc. Dirigiéndose hácia la izquierda, por el lado de la calle de Rivoli, se pasaba por otra sala que daba á la escalera de los comedores y las habitaciones privadas. Antes de llegar á las habitaciones del prefecto, se encontraba á mano izquierda una piececita secreta, bien amueblada, aunque con un gusto singular y caprichoso.

El gabinete del prefecto, espacioso, colgado de encarnado, con muebles dorados y divanes de seda, y en medio una gran mesa de damasco verde, era de las piezas mas hermosas del Hotel de Villa. Mucho papel blanco, muchos tinteros y pocos libros. En un estante habia unos treinta volúmenes de administracion y de derecho; pero si faltaban libros, no faltaba bibliotecario, y con un buen sueldo. Sin embargo, apresurémonos á decir que no era esta la única biblioteca del palacio; habia dos mas: la del Consejo y la de la Villa. La primera, situada al lado de la sala del Consejo, no era muy rica; mas en cambio, la segunda, que ocupaba muchas salas de las piezas superiores, ofrecia inapreciables tesoros. Todo ha sido presa de las llamas, con los documentos, los archivos y cuanto constituía la historia parisiense.

¡Cosa notable! ¡La Commune del 71 ha destruido todos los papeles de la Commune del 93!

Se salia del gabinete del prefecto para entrar en la sala de los Ugieres.

En esta sala trabajaron de setiembre á febrero los secretarios; allí acudian los alcaldes y los comandantes de batallon á hacer sus reclamaciones. Era la antesala de toda persona que queria hablar con alguno de los miembros del gobierno.

La puerta de esta sala daba á la del Trono, ó del Pueblo, la magnífica sala adornada por Sechan, donde los móviles de Bretaña, de centinela, miraban atónitos las oleadas de visitantes. Dos asombrosas chimeneas se daban frente, dos maravillas del Renacimiento, la una esculpida por Bodin y la otra por Biard, discípulo de Buonarrotti.

Al extremo derecho de la sala estaba en otro tiempo el gabinete Verde, donde pasaron la noche Robespierre, Couthon y Saint-Just. Allí el gendarme Meda, que murió general en la Moskowa, tiró á Robespierre el famoso pistoletazo que le rompió la mandíbula.

En 1794 reunieron el gabinete Verde con la sala del Trono. Allí mismo, en la ventana del centro, se asomó Luis XVI con el gorro encarnado en la cabeza, y allí Lafayette dijo en 1830 al pueblo, y señalando á Luis Felipe:

— ¡Aquí teneis la mejor de las Repúblicas!

En tiempo del sitio se veían desfilar desde allí los batallones de guerra que iban á las avanzadas. Las banderas tocaban la Marsellesa, y los guardias nacionales desfilaban agitando sus kepis por delante de los alcaldes que los saludaban. El modelo de las banderas que debían distribuir en un dia de fiesta que no llegó nunca, yacia en un rincon del gabinete del prefecto. Era

un estandarte de seda con pica y corona doradas. Solo dos ó tres batallones le obtuvieron: el de Boulogne y el de Belleville.

Al extremo de la sala del Pueblo habia una puertecilla que daba á la galería de Piedra. Habria podido llamarse la galería de los Paisajes, como se podia llamar la galería exterior del gabinete del prefecto, galería de los Bustos; pues en tanto que se hallaban en esta los bustos de los soberanos reinantes (el del rey Guillermo de Prusia se quitó el 4 de setiembre), se veían en las paredes de aquella ornatos de un género particular, y eran los paisajes de las cercanías de Paris, pintados por Desgoffe, Bellef, P. Flandrin y Hédouin; Champigny, Sceaux, Chatillon, y otros pueblos, aparecian allí verdes y risueños.

Esta galería se hallaba delante de las oficinas particulares de los adjuntos al alcalde de Paris y las del secretario de la alcaldía. Allí M. Herisson se ocupaba en el equipo de la guardia nacional; M. Clamageran cuidaba de la alimentacion, M. Chaudey de la leña que necesitaba para calentarse el Paris helado de aquellos dias.

Afable y activo, M. Chaudey atendia á las reclamaciones de los pobres; luego se ceñia la faja y bajaba á recibir un cañon regalado á la defensa, ó á pasar revista á las compañías que entraban de guardia.

Las oficinas del alcalde ocupaban la sala principal, la última del pabellon de la izquierda. E. Arago almorzaba trabajando. Cuando le sucedió M. Ferry, se unieron las oficinas del alcalde con las del prefecto. ¡Mirad esas ventanas, por donde pasa el viento libremente, ese esqueleto de monumento. Por la tercera á la izquierda del pabellon de la calle de Rivoli, salió Robespierre, en la noche de termidor, y lívido como un hombre que vacila, se quedó en pié un instante, contemplando el vacío, y luego se precipitó al suelo!

¡Cuántas veces, en las noches de sitio, cuando miraba yo las ventanas iluminadas por la luz de ese Hotel de Villa, donde se agitaba la suerte de la ciudad, evocaba las viriles figuras de aquellos muertos que animaron la Casa comun con su fiebre patriótica. Siquiera aquellos no dejaron en pos de sí la llama del petróleo; al inmolarse á la fe que les devoraba no dejaron mas que las manchas de su sangre.

¡Pobres corredores, tan llenos de vida, de ruido y de pasion! No era el asilo de uno solo, como las Tullerías, era la entrada de todos. ¡Cuántos infelices han entrado por esa puertecita que se abria á la izquierda del monumento, dando frente á la calle de Rivoli! Se subian dos pisos, y se llegaba á la galería del Consejo municipal.

Durante el sitio estaban allí las comisiones de institutrices (enseñanza profesional de las mujeres), y tambien se reunian los alcaldes de las afueras. Ahora no hay mas que el vacío y la ruina.

Dícese que el último dia de la Commune, todos sus miembros se reunieron en una especie de banquete supremo, y antes de separarse juraron que morirían cada cual en su puesto.

— Nuestra causa está perdida, dijo el viejo Delescluze; tenemos que fecundizarla con nuestra propia sangre.

Y se separaron.

Delescluze, al menos, cumplió su palabra, murió combatiendo; pero los demás se fugaron, en tanto que el pobre pueblo derramaba la sangre.

Se asegura que fué Pindy quien se encargó de incendiar el Hotel de Villa.

— Toma tu cepillo de carpintero, Pindy, le decia Vallés, y cepilla al viejo mundo.

Pindy tomó, en vez del cepillo, la escobilla del petróleo.

Las paredes untadas de aceite, las cuevas llenas de cartuchos y de salitre, todo ardió y voló á un tiempo. Aun se encuentran entre las ruinas balas y cartuchos intactos.

Con trabajo se aleja uno de esa ruina poblada de recuerdos. Todo es curioso en esas cosas muertas, que, semejantes á las anatomías, descubren los secretos de la vida.

Un hornillo de cocina colosal parece atestiguar allí el apetito gigantesco de los habitantes del Hotel de Villa.

Como mariposas fúnebres revolotean [pedazos de papel ennegrecidos; son decretos que vivieron dos dias, y que el viento arroja al Sena. Algunas columnas de mármol rojo, con sus capiteles dorados aun, sobreviven tambien en esas ruinas. A la salida, el cristal molido cruge bajo los piés, y el polvo blanco forma nubes. Esa nube, ese humo, son las pinturas de Coignet, de Vauchelet y de Landelle, son las esculturas de Juan Goujon, es la piedra, es el mármol que vuelan. Es el alma del monumento cuyo esqueleto tienen á la vista nuestros lectores.

Otra mirada mas, y descubriremos en lo que queda del Hotel de Villa estas inscripciones: *Libertad, Igualdad, Fraternidad*; y mas arriba: *República francesa democrática, una é indivisible*. ¡Una é indivisible! Era la famosa divisa de la Convencion. Pero ¡ay! ¿á dónde marchaba la Commune, sino á la disolucion misma de la patria?

J. CLARETIE.

(1) A consecuencia del motin del 31 de octubre, el gobierno dejó el Hotel de Villa y se reunia en la calle de Rivoli, en casa del gobernador de Paris.



LAS RUINAS DEL HOTEL DE VILLA. — Aspecto interior vista tomada del vestíbulo de la Galería de las Fiestas.

**Bernabé Rudge,**

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR CARLOS DICKENS.

(Continuacion — Véase el número 969.)

¡ Cuántas veces se acordó la viuda con corazón agradecido durante su viaje que si Bernabé estaba tan alegre y cariñoso, lo debía especialmente á las tinieblas en que yacía su inteligencia! ¡ Cuántas veces reflexionaba que á no ser por este defecto, hubiera estado triste, duro y ¿ quién sabe? tal vez malvado y cruel! ¡ Cuántas veces halló un consuelo en la fuerza de su hijo y una esperanza en la sencillez de su carácter! El mundo era para el idiota un hermoso eden de dichas. No había un árbol, una planta, una flor, un pájaro, un débil insecto arrojado á la yerba por el hábito de la brisa de verano que no le causara placer, y el placer del hijo era también el de la madre. ¡ Cuántos hijos mas sensatos hubieran sido en las condiciones de su vida un motivo de pesar para ella, en tanto que aquella alma oscurecida por la demencia llenaba el corazón de su madre de un sentimiento de gratitud y amor!

Su bolsillo era muy ligero, pero la viuda habia conservado una guinea del pequeño tesoro que entregara al ciego, y agregada á algunos peniques, equivalía para sus hábitos frugales á una gran cantidad en el Banco. Tenia además á Gripp, y muchas veces, en que no habia mas remedio que cambiar la guinea, les bastaba dar una representación en la puerta de una taberna, en la plaza de una aldea ó delante de una casa de campo para obtener con la charla del pájaro algun auxilio que no hubieran alcanzado de la caridad pública.

Un día, porque viajaban muy lentamente, y á pesar de los carros y carretas donde se dignaban á veces recibirlos algunos ratos, emplearon cerca de una semana en su viaje, Bernabé con el cuervo en la espalda y andando delante de su madre, pidió permiso á un guarda para llegar hasta una magnífica quinta que se descubría desde la carretera para ir á enseñar su pájaro. El guarda iba á concederle lo que pedía, cuando llegó montado en un arrogante caballo á la verja un señor muy corpulento, con un látigo de caza en la mano, con el rostro encendido como si acabase de echarse al colete una botella de rom para desayunarse, y jurando y vociferando mas de lo regular para que abriesen sin tardanza.

— ¿ Con quién estás? dijo encolerizado al guarda que le abría la verja de par en par, quitándose la gorra. ¿ Qué gentes son esas? ¿ Sois una mendiga, buena mujer?

La viuda respondió con una humilde reverencia que eran pobres viajeros.

— Sí, vagos, aventureros, dijo el caballero. ¿ Teneis ganas de ir á dormir á la cárcel ó de probar el látigo? ¿ De dónde venís?

La viuda, con acento tímido, al verle encendido de cólera y al oír su voz bronca, le suplicó que no se enojase, porque no hacian mal á nadie é iban á seguir su camino.

— ¿ Creeis que dejamos andar por aquí á sus anchas á los vagos? No ignoro lo que venís á hacer. Venís para ver si hay ropa tendida en alguna mata ó alguna gallina extraviada en los caminos. Y tú, pícaro, ¿ qué llevas en ese cesto?

— Gripp, Gripp, Gripp el astuto, Gripp el sabio, Gripp, Gripp, Gripp, gritó el cuervo, que Bernabé se apresuró á esconder cuando vió al caballero iracundo. Soy un demonio, soy un demonio. No tengas miedo, muchacho. ¡ Viva! ¡ Cua! ¡ cua! ¡ cua! Pepa, pon la cafetera en el fuego, que vamos á tomar café.

Saca este animalejo, tunante; quiero verlo.

Bernabé, ante una invitación tan graciosa, sacó el cuervo con temor, y lo dejó en el suelo.

En el momento en que Gripp se vió libre, destapó al menos cincuenta botellas seguidas, y se puso á bailar, mirando al mismo tiempo al caballero con insolencia sin igual y meneando la cabeza como si jurara que iba á desafiarle.

Los chasquidos de taponos parecieron causar mas impresión en el ánimo del caballero que el meneo del pájaro, sin duda porque simpatizaban mejor con sus hábitos y aficiones. Quiso entonces que repitiese este ejercicio, pero á pesar de sus órdenes terminantes y de las caricias de Bernabé, Gripp se obstinó en no darles gusto y guardó el mas sombrío silencio.

— ¡ Tráelo! dijo el caballero, indicando con la mano la quinta.

Pero Gripp, que no las tenia todas consigo, empezó á saltar delante de ellos, huyendo de la persecución de su amo, y batía las alas y gritaba mientras corría: « ¡ Margarita! » para anunciar á la cocinera que llegaban huéspedes y que preparase un buen almuerzo.

Bernabé y su madre seguían al señor gordo, que desde lo alto del caballo les miraba de vez en cuando con mirada hosca y altiva, dirigiendo con voz desabrida al-

guna pregunta á Bernabé, que no se atrevía á responderle y temblaba de miedo.

Enojado el caballero con su silencio, levantó el látigo para castigar su muda obstinación, pero la viuda se tomó la libertad de decirle en voz baja y derramando una lágrima, que su hijo era imbécil.

— ¿ Con qué eres idiota? dijo el caballero mirando á Bernabé. ¿ Cuánto tiempo hace que eres idiota?

— Madre lo sabe, dijo Bernabé con timidez. Creo que lo he sido siempre.

— Es de nacimiento, dijo la viuda.

— No lo creo, dijo el caballero, no lo creo; es una excusa para el perezoso. No hay remedio como un látigo para curar esa enfermedad. Os juro que en cinco minutos quedaria curado si lo ponian en mis manos.

— El cielo ha empleado ya veinte y dos años, caballero, sin conseguirlo, dijo la viuda con amabilidad.

— ¿ Por qué no le lleváis á una casa de locos? Bastante caros pagamos todos esos establecimientos de beneficencia que Dios confunda. Pero ya caigo; preferís pasearle por ese mundo para pedir limosna. Estoy muy al cabo de todas vuestras mañas.

El caballero que así hablaba á la pobre viuda gozaba sin embargo de una reputación muy envidiable; unos le llamaban « noble campesino de buena cepa, » otros « noble campesino de los buenos tiempos, » otros « un Nemrod, » otros « un inglés de pura raza, » y otros « un verdadero John Bull; » pero todos estaban acordes en afirmar que era lástima que no hubiera muchos como él y á que esto se debía el que el país marchase sin remedio hácia su ruina.

Era juez de paz y apenas sabia firmar, pero tenia cualidades de primer orden. En primer lugar, era muy severo con los cazadores sin licencia: en segundo lugar, no habia en doce leguas á la redonda un tirador mejor que él ni un jinete mas intrépido; nadie tenia mejores caballos ni mejores perros; comía mas carne y bebía mas vino que un gigante, y no habia en el condado un hombre como él para acostarse todas las noches mas borracho sin que se le conociera á la mañana siguiente. Era tan conocedor en la raza caballar como un veterinario, y poseía nociones de caballeriza que avergonzaban á su primer cochero. No habia un cerdo en todas sus zahurdas que pudiera alabarse de ser tan gloton como su amo. Aunque no ocupaba un asiento en las cámaras, era muy patriota, conducía á votar á docenas de colonos y labradores, se preciaba de ferviente partidario de la Iglesia y del Estado, y por nada en el mundo hubiera dado un beneficio de los de su jurisdicción al cura que no justificase que se bebía tres botellas cada comida y cazaba la zorra con perfección. No tenia confianza alguna en la honradez de los pobres que tenían la desgracia de saber leer y escribir, y en el fondo de su alma, no habia perdonado aun á su mujer que supiera mas que él. Ha de saber el lector que se habia casado con esta dama por esa razón que sus amigos llamaban « la buena razón inglesa, » esto es, que las dos haciendas estaban lindantes. En una palabra, si llamamos á Bernabé idiota y á Gripp criatura de puro instinto animal, no sabemos cómo calificar á nuestro noble.

Llegó hasta la puerta de una magnífica casa adonde se subía por una escalinata. Al pié de los escalones esperaba un criado para encargarse del caballo.

Los condujo entonces á un gran vestíbulo que, á pesar de ser espacioso, conservaba aun los perfumes de la orgía de la noche anterior. Por todos lados se veían mantas de caballo, látigos, riendas, botas de montar, espuelas, etc., que componían con grandes cuernos de ciervos y retratos de perros y caballos el adorno principal del salón.

Se arrellanó en un sillón, que entre paréntesis, le servía con frecuencia para roncar por la noche cuando, según sus admiradores, era la flor y nata de los nobles campesinos, dió orden al criado de que dijera á la señora que bajase, y pocos momentos despues se vió aparecer bastante agitada, á causa de recado tan insólito, una señora de menos edad que él, que no indicaba por el rostro ser muy feliz con su noble esposo.

— Mira este animalucho; tú que no gustas de perros como toda buena inglesa, te divertirás con este pájaro.

La señora se sonrió, se sentó á bastante distancia de su marido y dirigió á Bernabé una mirada de compasión.

— Es un idiota, según dice esta mujer, añadió el noble moviendo la cabeza, aunque no lo creo.

— ¿ Sois su madre? preguntó la señora.

— Sí, señora.

— ¿ Por qué le haces esa pregunta? dijo el noble poniéndose las manos en los bolsillos. ¿ Creeis que diré que no? Es probable que es un imbécil que habrá alquilado á tanto el día. ¡ Vamos, muchacho! Haz que se luzca tu pajarraco.

Gripp se habia repuesto ya de su enojo, y accediendo á las súplicas de Bernabé, se dignó repetir su vocabulario y ejecutar todas sus gracias con el éxito mas completo. El destape sucesivo de botellas y la frase ordinaria de: « No tengas miedo, muchacho, » divirtieron tanto al caballero, que exclamó: « ¡ Que se repita! » pero Gripp se coló en la cesta y se obstinó en no decir una palabra mas. La señora se complació también mucho en oírle, pero nada divirtió tanto á su marido como la obstinación del animal en su negativa, de modo que prorumpió en unas carcajadas tan estrepitosas que se estremeció la casa, y preguntó cuánto valía.

Bernabé pareció no entender la pregunta, y probablemente no la entendía.

— ¿ Cuál es su precio? dijo el caballero haciendo so-

nar dinero en el bolsillo. ¿ Cuánto quereis por el pájaro?

— No está de venta, respondió Bernabé apresurándose á cerrar la cesta y á pasarse la correa por el cuello. ¡ Madre, vámonos!

— Ya veis si es idiota, señora sábia, dijo el caballero lanzando á su esposa una mirada de desprecio. Ya veis como no es tan tonto y hace valer su mercancía. Y vos, buena anciana, ¿ cuánto quereis por él?

— Es el fiel compañero de mi hijo, respondió la viuda; os aseguro señor, que no lo vendemos.

— ¡ No lo vendeis! gritó el caballero con el rostro colorado como el moco de un pavo y con ademán provocador; ¡ no lo vendeis!

— Os aseguro que no, repuso la viuda. Nunca nos ha ocurrido separarnos de él; es la pura verdad.

El noble iba á prorumpir seguramente en alguna réplica violenta, cuando, habiendo cogido al vuelo algunas palabras pronunciadas en voz baja por su mujer, se volvió de pronto hácia ella para decirle:

— ¡ Cómo! ¿ Qué es eso? ¡ Jum!

— Digo que no podemos obligarles á que vendan el pájaro si no quieren, respondió la señora en voz baja. Si prefieren...

— ¡ Si prefieren! repitió el noble. ¿ Unas personas como estas que recorren el país mendigando, cuando no pueden robar, han de preferir guardar un pájaro que quiere comprarles un hacendado, un noble, un juez de paz? Apostaría á que esta vieja ha ido á la escuela; fácil es conocerlo. ¡ No digais que no! gritó con toda la fuerza de sus pulmones. ¡ Sí, yo digo que sí!

La madre de Bernabé se reconoció culpable de haber ido á la escuela, pero ¿ qué mal hay en eso? decía.

— ¿ Con que no hay mal en eso? ¿ no hay mal? Ninguno, vieja rebelde, ninguno. Si tuviera aquí al alguacil, te enviaria á la cárcel á aprender á vagar á derecha y á izquierda mirando adonde puedes clavar las uñas. ¡ Sal de aquí, bruja, gitana! ¡ Simon, Simon! arroja de aquí á estos mendigos y ponlos en la puerta al instante. ¿ Con que no quereis vender el pájaro y venís á pedir limosna? Si no salen pronto, suéltalos los perros.

Bernabé y su madre no se expusieron á tal percañe, porque salieron con toda la rapidez que el miedo les permitía, dejando al caballero solo dando gritos, porque la señora se habia retirado antes, é hicieron los mayores esfuerzos para acallar á Gripp que excitado por las voces del noble, destapó á lo largo de la calle de árboles botellas en número suficiente para regocijar á toda una ciudad, sin duda complaciéndose de haber sido la causa de aquel escándalo.

Habían llegado á la verja cuando salió un criado de entre los árboles del parque, y haciéndoles señas para que acelerasen el paso, puso un escudo en la mano de la viuda, diciéndole en voz baja que era de parte de la señora, y cerró la verja.

Cuando la viuda se paró con su hijo á la puerta de una taberna á algunas millas de la opulenta quinta y oyó elogiar el carácter del juez de paz, no pudo menos de pensar que se necesitaba algo mas que una capacidad extraordinaria de estómago y una afición decidida por los perros y los caballos para formar un perfecto noble campesino, un inglés de raza pura ó un verdadero John Bull, y que era deshonorar los elogios hacer de ellos tan errónea aplicación.

— Madre, dijo Bernabé mientras estaban tendidos e dia siguiente en el carro que debia conducirles hasta diez millas de la capital, primero iremos á Londres ¿ no es verdad? ¿ Veremos allí al ciego?

La viuda iba á responder: ¡ Dios nos libre! pero se contuvo y se contentó con decir: No, creo que no. ¿ Por qué me haces esa pregunta?

— Es un hombre de talento, dijo Bernabé con aire pensativo; quisiera volver á verle. ¿ Qué decía de la mucha gente? ¿ Qué el oro se encontraba en los sitios donde hay mucha gente, y no entre los árboles ni en los parajes tranquilos y solitarios? Como en Londres hay mucha gente, y él es muy aficionado al bullicio, creo que allí le encontraremos.

— ¿ Por qué tienes tanto empeño en verle, hijo mio?

— Porque me hablaba de oro, dijo Bernabé mirándola con ademán grave, de oro que es una cosa tan preciosa, y que, por mas que digais, también quisierais tener vos. Y además, ¡ aparece y desaparece de una manera tan extraña! Me ha recordado á aquellos buenos viejos de cabeza cana que vienen algunas veces á los piés de mi cama á decirme una infinidad de cosas de que no puedo acordarme á la mañana siguiente cuando se hace de dia. Me habia dicho que volveria á verme antes de partir, y no sé por qué no cumplió la palabra.

— Querido hijo mio, antes no pensabas nunca en ser pobre ni rico, y siempre estabas contento.

Bernabé se puso á reír, suplicando á su madre que repitiese aquellas palabras, y despues exclamó con grandes carcajadas:

— Sí, sí, estoy muy contento, madre.

Pero muy pronto cruzó por su mente otra idea, y tras esta otra muy diferente para dar lugar á una serie de infinitas meditaciones.

Sin embargo, era indudable por lo que acababa de decir y porque la misma idea le asedió con persistencia muchas veces aquel dia, que la visita del ciego, y especialmente sus palabras, habian producido honda impresión en su mente. ¿ La idea de la riqueza le habia acudido por vez primera al contemplar aquella tarde las doradas nubes en el cielo, aunque antes hubiese tenido ante sus ojos imágenes parecidas en el horizonte? ¿ Habia puesto en su cabeza esta idea su vida miserable y pobre? ¿ O era preciso creer mas bien que le habia de-

oidido la aprobacion fortuita dada por el ciego á los pensamientos que en su alma germinaban? ¿Había por fin contribuido á arraigarlos la circunstancia de ser el primer ciego con quien habia hablado en toda su vida? Era un misterio para su madre, la cual hizo cuanto pudo para aclararlo, pero en vano, y es probable que el mismo Bernabé no se lo explicaba.

Causaba á la viuda gran pesar que su hijo abrigase semejante idea, pero todo lo que podia hacer se reducía á cambiar de conversacion para distraerle de tan peligrosas tentaciones. Respecto á ponerle en guardia contra el ciego y á manifestar temores ó sospechas, recelaba que esto seria mas bien un medio para acrecentar el interés que tenia Bernabé, y de hacerle desear mas el eneucontro que el pobre idiota anhelaba. La viuda esperaba que, confundiéndose en la multitud, se salvaria de la persecucion que tanto temia, y por otra parte, al proyectar su partida de Lóndres con precaucion para alejarse y huir á un pais remoto, queria, si era posible, buscar un asilo recóndito donde pudiera gozar de paz y soledad.

Llegaron por fin á la aldea situada á diez millas de Lóndres, y allí pasaron la noche despues de hacer trato con otro carretero por un precio insignificante para conducirles en un carro que regresaba de vacío y debia salir á las cinco de la mañana.

El carretero fué exacto, el camino estaba bueno, á excepcion de un poco de polvo que el calor y la sequedad hacian insufrible, y á las siete de la mañana del viernes 2 de junio de 1780 se apearon en el puente de Westminster, se despidieron del carretero, y se encontraron en el empedrado abrasador, porque se habia evaporado la humedad que esparce la noche sobre las calles de Lóndres, y el sol brillaba ya en el horizonte.

## XLVIII.

No sabiendo adonde ir, y confundidos con el estruendo y el movimiento de la multitud, se sentaron en un sitio retirado del puente para descansar.

No tardaron en reparar que la corriente de la multitud se dirigia casi toda hácia un mismo lado, y que habia un número infinito de personas que cruzaban el Támesis desde la orilla de Middlesex á la de Surrey con extraordinaria precipitacion y en un estado de excitacion evidente. Corrian por lo comun reunidas en grupos de tres ó cuatro, y hasta de media docena, hablaban poco, algunas veces guardaban un silencio absoluto, y seguian su camino con paso rápido como personas impulsadas por un objeto único y comun.

Bernabé y su madre se sorprendieron al ver que casi todos los hombres de aquel inmenso concurso, que pasaba por delante de ellos sin cesar, llevaban una escarapela azul en el sombrero, y que los que no llevaban este distintivo, transeuntes inofensivos, estaban inquietos y trataban tímidamente de no llamar la atencion de los demás, á quienes cedian la acera como por via de conciliacion. Esto era muy natural considerada la inferioridad de su número, porque los que llevaban escarapelas azules estaban en proporcion de cuarenta ó cincuenta contra uno de los que no las llevaban.

Sin embargo, no se armaban disputas: las escarapelas azules se agrupaban como enjambres, tratando de adelantarse unas á otras, y apresurándose con afán por entre la multitud, dirigiéndose tan solo mutuas ojeadas, y mirando con ademan provocador á los transeuntes que no pertenecian á su asociacion.

Al principio la corriente popular se habia limitado á ocupar las dos aceras, y únicamente iban por el arroyo algunos rezagados, pero media hora despues, el paso quedó completamente obstruido por la multitud, que agrupada y compacta, empujada con los carros y coches que encontraba, solo podia avanzar lentamente y hasta viéndose algunas veces obligada á hacer altos de ocho ó diez minutos.

Al cabo de unas dos horas, el número de transeuntes principió á disminuir, y se les vió poco á poco aclararse, desocupar el puente y desaparecer, á excepcion de algunos rezagados con escarapelas, que conociendo que habian hecho tarde, corrian con el rostro lleno de polvo y sudor, ó se paraban á preguntar el camino que habian tomado sus amigos, y se apresuraban despues de enterados á seguir aquella direccion con satisfaccion visible.

En medio de aquella soledad relativa, que le parecia tan extraña y tan nueva despues de la multitud que habia precedido, la viuda preguntó á un anciano que se habia sentado junto á ellos qué significaba aquel extraordinario concurso.

— ¿De dónde venís, buena mujer, respondió, que no habeis oido hablar de la *Grande Asociacion* de lord Jorge Gordon? Hoy presenta á la cámara la peticion contra los católicos. ¡Dios le ayude!

— Pero ¿qué tienen que ver todas esas gentes con la peticion?

— ¿Qué tienen que ver! Me extraña vuestra ignorancia. ¿No sabeis, pues, que su Su Señoría ha declarado que no presentaria nada á la Cámara sin tener para apoyar la peticion cuarenta mil hombres cuando menos? Figuraos cuánta gente habrá allí.

(Se continuará.)

## Escenas de la vida inglesa.

## EL OBRERO.

(Continuacion. — Véase el número 969.)

— Soy el primer constable de Hillsborough y acompaño á mi amigo M. Park, que busca un cuarto. ¿Podéis enseñarme vuestra casa?

— Nada mas fácil.

M. Ransome abrió la ventana del primer piso.

— ¡Qué casas tan bonitas! Todas tienen jardin detrás donde poder pasearse.

Y añadió haciendo una seña á Enrique:

— ¿Quién vive en la primera casa del grupo vecino?

— Una jóven que la ha alquilado hace tres dias, respondió la mujer, supongo que es religiosa. Vive muy retirada y la sirve una muchacha que llega por la mañana y se vuelve por la noche. Muy jóven es para estar tan sola; pero quizás espera á alguien.

— Está bien, tomo la casa, dijo Enrique Little.

Concluido el trato, Ransome recomendó á su amigo la mayor circunspeccion en su espionaje.

— La vereis desde aquí cuando se pasee por su jardinillo; pero guardaos muy bien de darle á conocer que está descubierta. Cuando quiera darse á conocer, lo hará; hasta entonces, correréis el riesgo de ponerla en fuga.

Little reconoció que debia seguir estos consejos.

Todas las noches las pasaba en su nuevo domicilio y pasaba las mañanas espionando por entre las persianas á Gracia Garden que se mostraba algunos momentos ya en la ventana ya en el jardin. Su corazon saltaba de alegría y luego se iba á sus negocios contento y reanimado.

En las primeras horas de la noche, Gracia pasaba por delante de la casa de Hillsborough á contemplar á su amado, segun ya hemos visto.

Así marchaban las cosas hacia un mes, cuando Tally, que no cesaba de vigilar á Enrique Little, por orden de su amo, sorprendió una vez á la jóven en contemplacion delante de la ventana de Enrique. La espío á cierta distancia; pero como estaba á cien leguas de la verdad, no se le ocurrió la idea de que pudiese ser Gracia Garden.

Sin embargo, al escribir á su amo, que se hallaba entonces en Lóndres, le refirió esta circunstancia con todos sus detalles, añadiendo que la tal religiosa debia ser alguna victima abandonada por Enrique.

No le sorprendió poco recibir un telégrama que le anunciaba la llegada del gentleman por el primer tren.

La explicacion del enigma era que Coventry, informado por M. Garden, de que su hija se habia refugiado en un convento cuando se escapó de Hillsborough, advinó inmediatamente que la monja misteriosa era Gracia Garden.

Coventry tomó una habitacion casi enfrente de la casa de Enrique Little, y en cuanto fué de noche vió aparecer á la religiosa.

¡Oh, rabia! Pronto reconoció quién era y pronto pudo notar en su actitud que arrojaba una mirada de amor á su rival.

Los celos le devoraban.

Permaneció inmóvil mientras duró la contemplacion; pero luego que la mujer se alejó, la siguió con un furor concentrado hasta su domicilio.

Tomar una habitacion en una de las casas que rodeaban la de la religiosa fué el primer pensamiento de Coventry.

Desgraciadamente para él no habia ninguna desalquilada; sin embargo, se instaló lo mas cerca que pudo y á fuerza de espionaje distinguió un dia á la religiosa que hablaba á una mujer con el velo levantado.

No se engañó: era la mujer con quien se habia casado por sorpresa y que le habia dado de puñaladas el dia de sus bodas.

Hasta entonces habia contado Coventry con que Enrique Little acabaria por perder la esperanza y consagraria á otra mujer su cariño; pero ahora tenia la prueba de que su odioso rival era mas amado que nunca.

Los celos y el amor invadieron su corazon con nuevo furor, y resolvió apoderarse de su mujer á viva fuerza.

¿Qué podia sucederle si fracasaba?

Nadie podia impedirle que recobrar su bien.

Las circunstancias se prestaban maravillosamente á la ejecucion de su designio.

Un barrio solitario y la casa fuera del camino; no habia mas que poner una mordaza á la dama, para sofocar sus gritos, y á trasportarla á su carruaje, que echaria á correr á toda prisa.

Faltaba procurarse hombres que le secundasen.

Coventry buscó á su viejo cómplice Sam Cole, que consintió despues de hacerse rogar, para que triplicasen la suma. Sin embargo, fué con la condicion de que no habria ni escalada ni efraccion, cosas que le horrorizaban.

Convínose en que penetraria en la casa por la ventana, y que abriria la puerta á Cole y á sus acólitos.

Cole debia traer una escala con cuatro garfios.

Coventry habia reconocido los lugares, y estaba bien seguro del éxito.

Se fijó la noche y la hora; noche que debia ser célebre en los anales de Hillsborough.

## XLI.

## EL ROMPIMIENTO DEL DIQUE.

Aquella misma noche, á eso de las nueve, el primer constable de Hillsborough tomaba el té con Enrique Little, en la casita que este habia alquilado, esto es, á veinte pasos del sitio en que el rapto debia tener efecto.

Ninguno de ellos sospechaba la trama.

Brevemente explicaremos por qué M. Ransome se encontraba á las doce de la noche en aquel barrio desierto.

Un diluvio de falsa moneda, bien fabricada, habia inundado á Hillsborough, y en vano buscaba la policia á los monederos falsos.

Por fin una queja dió algunos indicios.

Decia el que se quejaba, que sus vecinos hacian una lumbre tan fuerte, que su casa ardia.

Ransome pensó que estaba allí el horno permanente.

He ahí por qué fin fué á visitar á Enrique Little.

Mientras llegaba el momento de la sorpresa, los dos amigos hablaron del asunto que interesaba á Enrique.

— ¿Cuánto tiempo tendré que contentarme aun con la simple vista de Gracia Garden?

— ¿No me parece que el régimen os sienta mal, contestó Ransome; no sois el mismo hombre que hace un mes. Dejad que marchen las cosas, y esperad los acontecimientos. La jóven solitaria se ha consagrado á las obras filantrópicas, y hay muchos ya que la bendicen y que la detendrán aquí en el caso en que quisiera intentar otra fuga.

En esto llamaron á la puerta.

Era un policeman que traía á M. Ransome un billete del alcalde.

Corria el rumor de que el dique del gran receptáculo de Ousley amenazaba ruina, y el magistrado suplicaba á Ransome que se informara personalmente, para evitar el desastre que amenazaba al valle.

Tratábase del gran lago artificial, situado á corta distancia de Hillsborough.

— Esto es grave, dijo Ransome, y tengo que dejaros.

— Siento no poder acompañaros; pero si hay peligro, advertidme, para que pueda salvar á Gracia.

— ¡Cómo! ¿Pensáis que el agua puede llegar aquí? Hay una distancia de seis millas.

— Lo creo, todo lo arrastraria el agua, hasta la parte baja de Hillsborough, y no me ausentaré hasta que me hayais asegurado que no corremos peligro.

John Ransome, montado en un buen caballo, fué á inspeccionar el receptáculo, y volvió al cabo de hora y media... para anunciar la catástrofe.

En cuanto salió el constable para su expedicion, Enrique tomó un libro, á fin de matar el tiempo hasta que volviese su amigo; pero á pesar de todos sus esfuerzos, no podia fijar su atencion en las páginas que tenia delante.

Sus pensamientos no tenian mas que un objetivo; Gracia Garden, que estaba allí, á pocos pasos, y que seguramente no podia sospechar que le tenia por vecino.

Cansado de aquella inaccion, abrió la ventana y miró afuera.

Entonces observó que Gracia velaba tambien, pues una débil luz brillaba en la ventana de la casa que habitaba la jóven, y alumbraba las hojas de un plátano del jardin.

— ¡Eso es todo lo que puedo ver de mi amada! ¡Tan cerca y tan lejos!...

Y sobre esto se entregó á las reflexiones mas amargas.

Por fin se arrojó en su cama vestido, y apagó la luz.

Desde el lecho distinguía el plátano luminoso; era como una emanacion de su amada, que le recordaba todo lo que habia pasado entre ellos hacia dos años.

Al contemplar con ojos medio cerrados aquella luz, vió como en un sueño las diferentes fases de aquella passion tan profunda, que no habia cesado de dominar su existencia desde que por primera vez distinguió á Gracia Garden.

A eso de las doce de la noche oyó un leve ruido, y levantándose al punto se acercó á la ventana.

Al cabo de algunos instantes vió una sombra negra que subia con precaucion al plátano.

No habia duda, era una tentativa de robo contra la casa que habitaba Gracia.

Buscó su escopeta, cargó los dos cañones y se volvió á su observatorio.

El supuesto ladrón, encaramado en el plátano, miraba desde la ventana á la jóven, con tal atencion, que no notó el ojo chispeante que le espía á pocos pasos.

En aquel instante la luna se despejó de nubes, y Enrique Little reconoció á Federico Coventry.

Un temblor súbito recorrió todos sus miembros.

¿Por qué temblaba?

Era porque pasado el primer momento de sorpresa, el odio, el furor y mil pensamientos imaginarios hervian en su corazon.

Su enemigo se ofrecia á su venganza: ¿qué cosa mas natural que tratarle como á un malhechor?

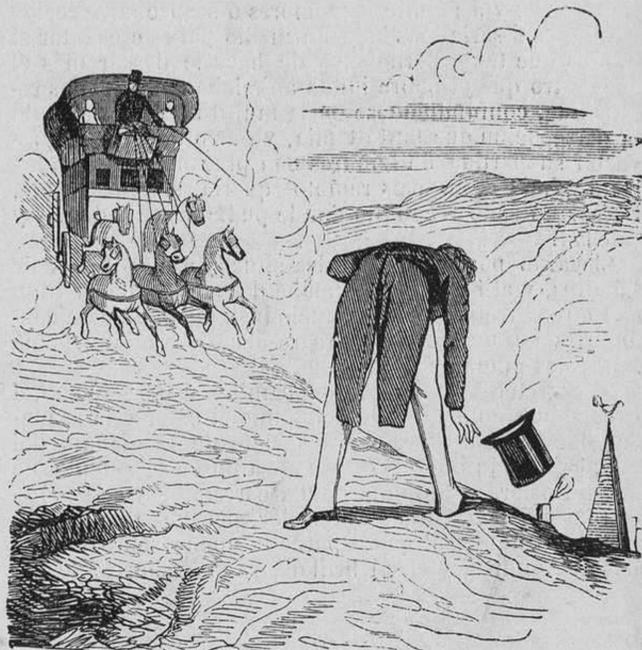
(Se continuará.)

# LOS PROVINCIANOS EN LOS BAÑOS DE MAR,

Caricaturas por Cham.



El camino del mar.



La ciudad de los baños vista desde la altura.



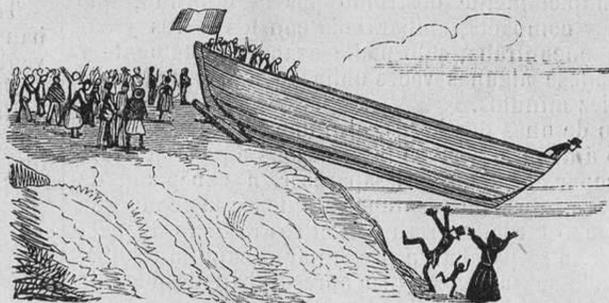
Cuestion de hospedaje : el último cuarto, 40 pesos al mes.



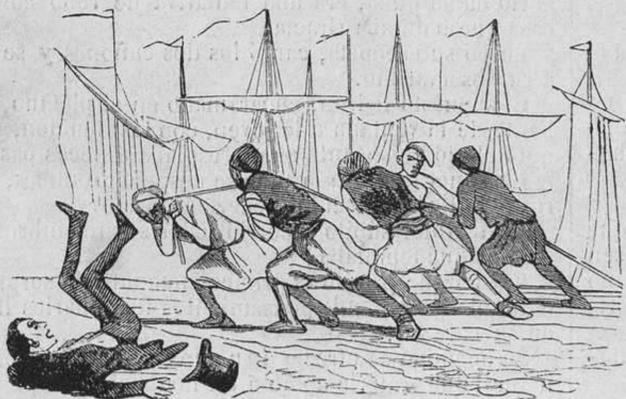
Paisajes normandos.



Placeres del día en el campo.



Placeres del día en la ribera.



Placeres del día en el puerto.



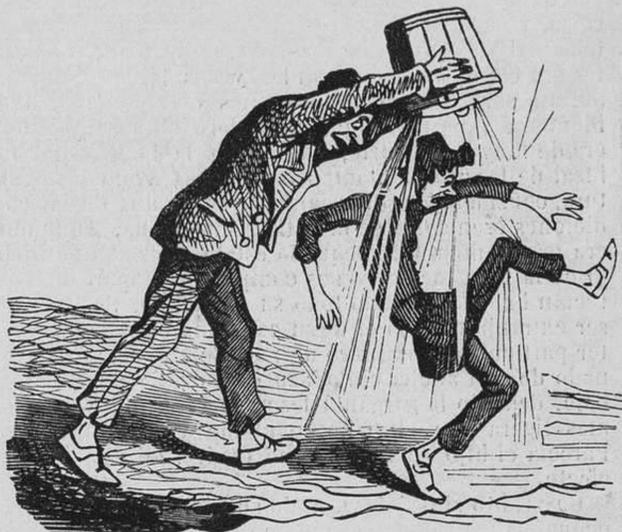
Placeres de la noche.

# LOS PROVINCIANOS EN LOS BAÑOS DE MAR,

Caricaturas por Cham.



Primer preludio del baño.



Segundo preludio del Baño.



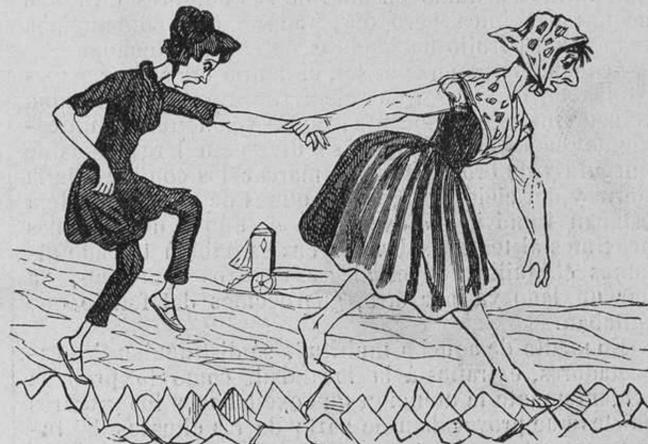
Tercer preludio del baño.



La bañista y el bañero.



Baño con marea alta.



Baño con marea baja.



La oleada



Paseo por la playa.



Paseo por el mar.



¡Pescado no tenemos, porque le mandamos á Paris!



Efectos del sol á las orillas del mar.



[Consecuencias de los baños.

## ¿Qué hará de ello?

NOVELA ESCRITA POR SIR EDWARD LYTTON BULWER.

## LIBRO PRIMERO

## I

Era el día de la feria de uno de los mas lindos pueblecillos del condado de Surrey, la cual se verifica en medio de la estacion de las flores. La calle principal estaba poblada de barracas guarnecidas de juguetes de brillante apariencia, de cintas de vivos colores, de dorados alajús. Mas lejos, en el paraje donde esta calle cada vez mas ancha termina en un campo cubierto de menuda yerba, se elevaban construcciones de mas pretensiones que encerraban los admirables fenómenos de la feria: la sirena, el gigante de Norfolk, la dama de hocico de puerco, el jóven de la piel salpicada de manchas y el becerro de dos cabezas, mientras que aun mas elevado que estos edificios y en la posicion mas ventajosa, un teatro, igualmente improvisado, prometia á los aficionados á comedias una representacion del gran melodrama *el Baron feroz y la hija del bandido*. Dissonantes notas de una música cuya energía suplía al arte, se cruzaban en todas direcciones: tambores, pifanos, silbatos de niños, sin contar un órgano de Berbería, puesto en movimiento por un extranjero de tez morena, que llevaba sentado en uno de sus hombros un mono de mirada cínica pero observadora, que contemplaba todo aquel barullo haciendo castañetear la lengua.

Acababa de ponerse el sol, el gentío era cada vez mas compacto, todo respiraba alegría. Durante el día habia reinado un calor sofocante; no se veían nubes, únicamente hacia el Occidente se divisaban largas fajas de púrpura y de oro como para marcar los confines de la tierra y del cielo. Los grandes olmos de aquella pradera estaban inmóviles á excepcion de uno ó dos, los mas próximos al teatro, sobre los cuales habian trepado algunos chiquillos cuyos alegres rostros aparecian, ya por un lado ya por otro, guarnecidos del follaje que agitaban.

En medio de aquella multitud, se distinguían dos espectadores, extraños á la localidad, como lo probaba evidentemente la atencion que excitaban y los groseros chistes que provocaban de parte de los chuscos del lugar por su traje y su talante, chistes aceptados con buen humor, y á los cuales respondían algunas veces con una gracia que les habia ya valido una popularidad muy marcada. En efecto, habia algo que prevenia en favor de aquellos dos forasteros. Eran jóvenes, parecían acomodarse de tan buena gana al carácter de la fiesta, y sus semblantes expresaban una satisfaccion tan franca, que la simpatía nacia naturalmente, y por donde quiera que se dirigían, los rostros radiaban mas alegría en torno suyo.

Uno de los dos personajes que acabamos de señalar habia llegado á la edad feliz de veinte y cinco á veinte y seis años, en cuya edad para que un hombre no pueda encontrar el medio de gozar de la vida, es necesario que sus órganos digestivos no estén en un estado satisfactorio; bastaba mirarle para convencerse de que si hubiera muchos temperamentos como el suyo, los médicos harían mal negocio en este mundo. El color de sus mejillas respiraba salud, sus ojos pardos eran vivos y penetrantes, sus espesos cabellos, que asomaban por debajo de una gorra de caza puesta con gracia sobre una cabeza bien modelada, eran de ese castaño claro luminoso que solo se nota ordinariamente entre las personas de un temperamento robusto. En una palabra, era un mozo de buen semblante que hubiera merecido el epíteto mas lisonjero de hermoso, á no ser por su nariz, perteneciente á esa categoría que los franceses designan bajo el nombre de «nariz al aire.» No era una nariz arrogante, no era una nariz provocadora, como lo son la mayor parte de las narices de esta especie, era una nariz muy resuelta á sacar el mejor partido posible de sí misma y de cualquier otra cosa en general; una nariz dispuesta á seguir el curso de su vida, pero de una manera tan agradable que los mas irritables dedos jamás podrian caer en la tentacion de asirla por su extremidad. La persona dotada de una nariz semejante puede tocar el violoncelo, hacer un casamiento de amor y hasta componer versos sin temor de acabar su vida en el hospital. ¡No, no tendrá que temer jamás un atolladero, mientras siga al aire su nariz!

Gracias, pues, á su nariz, este jóven llevaba una chupa solapada de terciopelo negro, de corte extranjero; bigotes y perilla (adornos mucho mas raros en Inglaterra, en aquella época, de lo que lo son despues del sitio de Sebastopol); y sin embargo, quedariais al verde en la conviccion de que era un bravo inglés, que no solamente carecia de malas intenciones con respecto á vuestra bolsa, sino que sabia en caso de necesidad defender la suya.

El compañero del personaje, cuyo retrato acabamos de bosquejar, podria tener unos diez y siete años; pero su modo de andar, su aspecto y sus músculos flexibles y vigorosos, demostraban una energía física que contras-

taba con la frescura juvenil de su tez. Llamaba la atencion mucho mas que su compañero de mas edad: no porque fuera de una belleza regular, nada de eso, aunque no pareceria una paradoja decir que era hermoso, por lo menos pocas mujeres habria que no lo hubieran tenido por tal. Sus cabellos largos como los de su amigo, eran de un matiz mas subido, y á los rayos del sol lanzaban dorados reflejos; por otra parte, tenían cierta tendencia á rizarse, eran finos y sedosos. Sus grandes ojos de un azul oscuro, brillaban con alegría guarnecidos de largas pestañas de ébano, debajo de arqueadas cejas, y en ellos se notaba una expresion de fuerza intelectual y, lo que vale mas aun, de lealtad y valor. Su tez era clara, un poco pálida, y sus labios cuando se abrían para reír mostraban unos dientes de brillante blancura y perfecta igualdad. Pero su perfil, aunque era de muy buen corte, no ofrecia la belleza del tipo ideal de los griegos, tampoco tenia esa aventajada estatura, considerada ordinariamente como una de las condiciones esenciales de la belleza masculina. Aunque no era precisamente de pequeña estatura, estaba por debajo de la talla media, y sus compactas proporciones parecían haber adquirido todo su desarrollo. Su traje, sin ser extranjero como el de su compañero, tenía un carácter particular: sombrero de paja de anchas alas, adornado de una ancha cinta azul; el cuello de la camisa bajo, dejando la garganta descubierta; levita de una tela mas ligera que el paño, pantalon y chaleco blancos. Parecia el hijo querido de una madre, tal vez lo era en efecto.

De pronto sintió desgarrado su oído por uno de esos pequeños instrumentos, muy en boga en las ferias, que producen sobre la víctima una agradable sensacion semejante á la que uno experimenta cuando siente el sonido de un desgarron en su traje.

Se volvió vivamente y asió el brazo de la culpable.

Era una linda aldeana, que tendria un año ó dos menos que él.

¡Toma en castigo! exclamó dándole un beso, y recibiendo en cambio un bofetoncillo. Y ahora, añadió, devolvamos el bien por el mal: voy á regalarte una cinta; escoge.

La muchacha retrocedió con un poco de vergüenza; pero sus compañeras la echaron hácia adelante, y acabó por escoger una cinta de color de cereza que el galán pagó con cierto desduido, mientras su amigo, de mas edad y mas prudente, mirándole con semblante grave, á cuya expresion de lástima se mezclaba la de la reconvenccion, murmuraba:

— El doctor Franklin decia que en cierta ocasion pagó un silbato demasiado caro, pero solo tenía entonces siete años, y un silbato sirve para algo. Pero pagar tan caro para un juguete como este... Sois muy pródigo. Vaya, venid.

Los dos amigos continuaron su paseo, y naturalmente todas las muchachas que deseaban cintas y llevaban esos pilos llamados *desgarra-oidos* les seguían. Los instrumentos sonaban todos á un tiempo, pero en vano.

— Hija mia, dijo el mayor de los dos compañeros volviéndose y presentándoles su nariz, hay abundancia de cintas, pero pocos chelines, y los besos, por agradables que sean en la soledad, en público son insípidos. ¡Cómo! ¡todavía!... ¡Tened cuidado! sabed que con nuestro aire inocente nos comemos las mujeres crudas, y si continuais siguiéndonos, os devoraremos.

Al decir esto abrió unas quijadas tan desmesuradas y mostró una fila de dientes tan formidables, que las aldeanas consternadas, retrocedieron vivamente. Los dos amigos se empeñaron en un paso estrecho entre las barracas, y aunque hostigados por algunas de aquellas jóvenes mas aventureras ó mas interesadas que sus compañeras, siguieron con mas tranquilidad su camino por detrás de las barracas hasta llegar frente al gran teatro.

— ¡Oh! Lionel, dijo el mayor de los dos amigos, un espectáculo, y de los clásicos. Esto debe valer la pena de ser visto.

Despues volviéndose hácia un grave remendon de mandil de cuero que contemplaba con profunda atencion los personajes de la pieza formados delante de la cortina:

— Parece que eso os interesa, le dijo, ¿habeis visto la funcion?

— Sí, respondió el remendon; hoy es el tercer día, y mañana será el último. No he perdido una representacion, ni perderé ninguna otra, pero siempre son lo mismo.

— Eso es enfadoso; pero eso dicen de todas las cosas los que han llegado á vuestra edad respetable, amigo mio. Verano y sol, fastidiosas ciudades, baños de aguas minerales, jóvenes y lindas mujeres, «son siempre lo mismo,» si los hombres y las cosas continuasen degenerando así, nuestros hijos no se divertirían.

El remendon examinó al jóven, é hizo una señal de aprobacion, porque comprendió perfectamente la irónica filosofía de su interlocutor, y no era aficionado á lo vulgar.

— Hablais muy bien, caballero, y lo que decís es justo. Pero si los viejos dicen siempre que las cosas marchan peor que antes, ¿no habrá tambien algo de verdad en lo que se repite continuamente? En cuanto á mí, yo estoy por el tiempo pasado; mi vecino, Joé Spruce, está por el presente, y sostiene que progresamos. Pero él es *rosa* y yo soy *azul*.

— ¿Sois azul? dijo el jóven Lionel; no comprendo.

— Jóven, yo soy *azul*, es decir yo soy tory; y Spruce es *rosa*, es decir es *rad* (radical). Y además él es sastre, y yo soy zapatero de viejo.

— ¡Ah! ¡él es además! dijo el mayor de los dos jóvenes. ¿Qué queréis entender con eso?

El remendon puso el índice de su mano derecha sobre el índice de su mano izquierda: esta es la accion de un hombre que va á presentaros un argumento ó una demostracion, así lo hace notar sin duda Quintiliano en sus observaciones acerca de la elocuencia de los dedos; y si ha dejado de hacerlo, existe una laguna en su libro.

— Reparad, señor mio, dijo el remendon, que la profesion de un hombre está en relacion íntima con su manera de pensar. Cada oficio, segun mi opinion, tiene ideas que le son propias. Un carnicero no ve la vida bajo el mismo aspecto que un panadero: hablad con cinco ó seis fabricantes de velas y en seguida con cinco ó seis herreros; observareis que los fabricantes de velas tienen sus ideas, y los herreros las suyas.

— Sois un observador sagaz, dijo el jóven con admiracion, vuestra observacion es nueva para mí y la creo verdadera.

— No hay duda que lo es; como tambien que los astros sirven para algo; porque si son los astros los que deciden de la vocacion de un hombre, deben darle un carácter en relacion con esa vocacion. Así, un sastre se sienta en su taller con otros sastres, habla sin cesar con ellos y lee los periódicos; tiene suelta la lengua como los demás sastres y muchas buenas cosas que decir; pero no hay en todo esto nada que le pertenezca, nada original por ningun concepto. Un zapatero de viejo, por el contrario, prosiguió el hombre de cuero, tiene un aspecto misterioso, trabaja enteramente solo y habla consigo mismo, y sus ideas nacen en su cabeza sin que hayan sido sugeridas por otro.

— Vos me iluminais mas y mas, dijo nuestro amigo de la nariz al aire, inclinándose con respeto; un sastre vive en sociedad mientras un zapatero de viejo vive solitario; las gentes que viven en sociedad se ocupan del porvenir, mientras los que viven solitarios solo se ocupan del pasado. Ahora comprendo que debeis ser tory, y acaso poeta.

— Es muy posible, respondió el remendon con una grave sonrisa. Hay mas de un zapatero remendon que es poeta, que á través de un prisma ve cosas maravillosas; mientras un sastre, señor mio, añadió con profundo desprecio, no ve con su periódico mas arriba del suelo que pisa.

Aquí fué interrumpida la conversacion por un rumor de admiracion de la multitud: los dos amigos levantaron la cabeza y vieron que el nuevo objeto que atraía la atencion pública era una niña, que apenas representaba diez años, aunque tuviese dos mas en realidad. Acababa de salir por detrás del telon, y despues de saludar á la multitud, se paseaba con un aspecto de solemnidad infantil, el mas gracioso del mundo.

— ¡Pobrecilla! dijo Lionel.

— ¡Pobrecilla! repitió el remendon.

Y si hubieras estado allí, querido lector, se puede apostar diez contra uno á que hubieras dicho tambien: ¡Pobrecilla!... Y sin embargo, aquella niña llevaba una falda de seda blanca, con un volante sembrado de lentejuelas y un corpiño guarnecido de galon dorado, los bucles de sus largos cabellos rubios estaban adornados con una guirnalda de flores artificiales, y en sus delicados brazos llevaba ricos brazaletes (de piedras falsas). Pero tan extraños atavíos no podían darle un aspecto vulgar, ni impedir que se la mirase con interés. Tenia uno de esos rostros seductores que hablan al corazón de todos, jóvenes y viejos; cualquiera que fuere su seguridad, en su semblante no se leía ninguna expresion de desvergüenza.

— Es necesario verla representar, dijo el remendon, tiene un talento extraordinario. ¡Pero si hubiérais visto su maestro, si le hubiérais visto hace un año!

— ¿Y quién es?

— Waife, señor. ¿No habeis oido hablar de Waife?

— Os confieso que no, para mi vergüenza.

— Waife hubiera podido hacer fortuna en la escena en *Common-Garden*; ¡ah! es una larga historia. El pobre diablo ya ha concluido. Ella le cuida, pobrecita, ¡que Dios te bendiga!

Y el zapatero cambió una sonrisa y una inclinacion de cabeza con la niña, que al reconocerle entre la multitud se habia sonreído.

— ¡Por el pincel y la paleta de Rafael! exclamó el mayor de los dos jóvenes, es necesario que pronto tenga yo la cabeza de esa niña.

— ¡Su cabeza! exclamó el remendon con espanto.

— En mi album. Vos sois poeta, yo soy pintor. ¿Conocéis á esa niña?

— ¡Que si la conozco! Vive en mi casa con su abuelo, su abuelo es Waife ¡hombre prodigioso! Pero no se le trata bien, y á no ser por ella se moriria de hambre. Hubo un tiempo en que él les hacia vivir á todos; hoy ya no puede y se le deja morir de hambre. Así es el mundo: se violenta al genio como una bestia de carga, y si cae en el camino, tanto peor, todos siguen adelante; hé aquí lo que Joé Spruce llama progreso. Pero ya oigo el bombo; va á empezar la funcion. ¿No queréis entrar, señores?

— ¿No hemos de entrar? exclamó Lionel. Y escuchad, Vance; echaremos suerte para saber cuál de nosotros dos poseerá primero la cabeza de esa encantadora niña.

— ¡Verdugo! ¿De qué manera entendeis eso? dijo Vance con una sonrisa que hubiera sido digna del Corregio, si un rapaz de su taller le hubiera propuesto jugar á cara ó cruz, cuál de los dos habia de ser el primero para pintar un querubin.

II

Entraron en el teatrillo y con ellos el remendon; pero este último se retiró modestamente á las localidades de á tres peniques. A nuestros jóvenes se les hizo el honor de cederles asientos reservados; su precio: un chelin.

— Es bastante caro, murmuró Vance abotonándose con cuidado despues de guardar en el bolsillo la bolsa de anillos de acero trabajada como una cota de mallá.

¡ Ah! señores autores dramáticos, mis queridos compañeros, no penseis que os voy á dar la satisfaccion de triunfar del *Baron feroz y la hija del bandido*. Os concederemos que bajo el punto de vista estético, tenia algo de execrable, pero no era lo mismo bajo el punto de vista teatral. Nadie bosteza; ni se oyen siquiera los vagidos de ese inevitable chiquillo que en los teatros de la capital, nunca deja de hacer notar su presencia en la situacion mas interesante de una comedia clásica en cinco actos el día de su estreno. Aquí la intriga marcha por fas ó por nefas arrastrando consigo á los espectadores. Indudablemente algun ingenio conocedor del teatro habia debido coordinar los diversos incidentes, dejando despues á cada uno de aquellos histriones iliteratos el cuidado de buscar las palabras. ¡ Las palabras, mis queridos compañeros, son tan poca cosa en una comedia representada! El movimiento es el todo. Ese es el gran secreto. Estudiadlo, ponedlo en práctica y ofreced á los astros reconocidos esa pléyade perdida, el drama inglés destinado á la representacion y no á la lectura.

El bandido era un individuo maltratado y muy estimable; tenia ciertos derechos sobre las propiedades y el castillo del feroz baron. Este usurpador de sus títulos hacia cuanto podia para hacer salir al bandido de sus guaridas y exterminarlo. Aquí se concentraba el interés sobre la hija del bandido, cuyo papel ya comprenderá el lector que era desempeñado por la niña de la guirnalda y de las lentejuelas, designada en los carteles bajo el nombre de « miss Julieta-Araminta Waife, » y los incidentes se reducian á las diversas extratajemas empleadas por ella para burlar las persecuciones del baron y salvar á su padre. Algunos de estos incidentes pertenecian al género cómico y excitaban la hilaridad del público, y en ellos desplegaba la jóven heroina todo su ingenio. ¡ Cómo se burlaba del alto gerif, que tenia orden del rey para apoderarse del bandido, muerto ó vivo, haciéndole creer que el notario empleado por el baron era el criminal disfrazado, y qué lindos dientes mostraba á los espectadores cuando aquel digno agente del baron era detenido y le ponian una mordaza! ¡ Con qué sagacidad sabia encontrar el lado débil del teniente del rey (galán jóven) encargado por su soberano de ayudar al feroz baron á exterminar al bandido!

¡ Con qué destreza acababa por descubrir que estaba enamorado de la pupila del baron (dama jóven), á quien aquel indigno señor queria tomar por esposa, á causa de su fortuna! ¡ Con qué habilidad trasmitia los billetes de una parte á otra, estando el teniente á mil leguas de sospechar que aquella muchacha fuera la hija del bandido, hasta que ella estuvo segura de tenerle de su parte! ¡ Con qué alegría, con qué arte mimica se introducía en el castillo del baron, donde disfrazada de hechicera, turbaba su conciencia con sus revelaciones y sus predicciones, aterraba á todos los vasallos en medio de llamas azules ó ilusiones químicas, y arriesgándose á entrar hasta la cámara misma del tirano, que se agitaba inquieto sobre su lecho, en cuya cabecera tenia colgada su terrible espada, sacaba de su caja los títulos que establecian los derechos legítimos del bandido perseguido! Despues, ¡ con qué agilidad, cuando se despertó el baron antes de que ella pudiera llevarse su tesoro, y empezó á perseguirla espada en mano, haciéndole creer que se envolvía en llamas, desapareció por la ventana en medio de una explosion de petardos! Y cuando el drama se aproximaba á su desenlace y las gentes del baron, acompañadas de oficiales de justicia, á pesar de todos sus artificios, siguieron la pista del bandido hasta la caverna donde perseguido de guarida en guarida, herido de muchos balazos, y con todo el cuerpo destruido á consecuencia de una caída desde lo alto de un precipicio, habia buscado un último recurso; con qué admirable juego mudo hacia la centinela al rededor de la caverna, con qué patética elocuencia procuraba alejar á los que perseguian á su padre! Era la alondra revoloteando al rededor de su nido.

Y últimamente, cuando los enemigos á quienes no era ya posible enganar quisieron apoderarse de ella, cómo se sustrajo á su persecucion, saltando sobre las rocas y mirándolos desde allí con semblante irónico. ¡ Todavía va á salvar de seguro al apreciable bandido! Porque hasta entonces el bandido era el héroe nominal del drama; se tenia noticia de él, de sus faltas, de sus virtudes, de los peligros que habia corrido y de los cuales se habia salvado milagrosamente; pero aun no se le habia visto. Solamente aparecía en la última escena, en su caverna, echado sobre una piedra, reducido á la impotencia á causa de sus heridas. Todos sus enemigos, el baron, el alto gerif y comparsa, se lanzaron á él para prenderle. El bandido no pronunció una palabra, pero su actitud era sublime. El mismo Vance exclamó: ¡ bravo! Y cuando ya le habian puesto la cuerda al cuello para arrastrarle al suplicio, se vió descender por una abertura que habia en la bóveda de la caverna, á su hija, que llevaba en la mano los títulos que habia escamoteado al baron, y á su lado al teniente del rey que proclamaba

la gracia concedida al bandido, al cual se le volvian sus bienes y honores, mientras la augusta persona del feroz baron era puesta en manos del asombrado gerif.

Despues el cuadro final, el padre y la hija uno en brazos de otro; despues los gritos de « ¡ Waife! ¡ Waife! » que hacia mucho tiempo estaban sobre los labios de casi todos los espectadores. Si, aquel bandido que solo aparecía en la última escena, y que ni aun entonces pronunciaba una palabra, era el actor en otro tiempo célebre de aquella compañía de la legua, muy conocido en las ferias de provincia por su ingenio festivo, sus buenos chistes improvisados, su mirada llena de finura y de viveza, el sentimiento ó la dignidad que sabia expresar de repente en medio de su papel de bufon, haciendo suceder las lágrimas á la risa interrumpida; en una palabra, como decia el zapatero con muchísima razon, « hubiera podido hacer fortuna en Common-Garden. » ¡ Aquello era todo lo que quedaba de su antigua popularidad! ¡ Todos los recursos de su elocuencia reducidos á una muda pantomima! Todavía era allí una admirable exhibicion del arte escénico, y esto fué comprendido simultáneamente por todos los que le habian visto y oido muchas veces sobre aquel mismo tablado. Tambien tenia personalmente su parte en las emociones que el drama habia excitado.

— ¡ Waife! ¡ Waife! exclamaron multitud de voces, mientras la niña lo llevaba al proscenio. El actor se adelantó cojeando y con una venda sobre los ojos. El drama, describiendo el accidente del bandido, no habia hecho mas que idealizar las dolencias reales del hombre, dolencias que habia sufrido despues de su última aparicion en aquel pueblo. Habia perdido un ojo, estaba muy estropeado; alguna enfermedad de la traquearteria ó de la laringe parecia haber roto las cuerdas de aquella voz tan sonora y agradable en otro tiempo. No quiso aventurarse á hablar en público, se limitó á hacer una silenciosa inclinacion de cabeza á su rústico auditorio? pero Vance, que concurría con frecuencia á los teatros, reconoció por aquel simple saludo que el actor era un verdadero artista.

La funcion habia terminado: los espectadores se retiraron conmovidos comunicándose mutuamente sus impresiones. Aquella representacion no tenia ninguna semejanza con el espectáculo ordinario que ofrece un teatro de feria. Vance y Lionel se miraron el uno al otro con sorpresa; despues cediendo á un mismo impulso, se dirigieron hácia el escenario, levantaron el telon que estaba corrido y se encontraron en un mundo extraño, reproducido bajo tantas formas diversas, como en los fragmentos de un espejo roto, en ese mundo que se llama *los bastidores*.

III.

El feroz baron, que era el director de la compañía, estaba apoyado en uno de los marcos de los bastidores con un vaso de *Porter* en la mano. En término mas lejano podia verse al teniente del rey, ocupado en asar un pedazo de queso en la punta de su espada. El bandido estaba en un rincon, donde la niña le abrazaba tiernamente, mientras él acariciaba con la mano su rubia cabellera. Vance se aproximó á él, y le dijo:

— Permittedme que os dé la enhorabuena; vuestro saludo ha sido admirable. No he visto nunca á John Kemble, soy muy jóven para haberle admirado; pero ya puedo figurarme que le he visto, en el día de su despedida. En cuanto á vuestra nieta, miss Julieta Araminta, es una joya.

Antes de que M. Waife tuviese tiempo de responder, el feroz baron se acercó á ellos con una rudeza digna de su papel de tirano:

— ¿ Qué haceis aquí, caballero? Yo no permito que nadie se meta entre bastidores á hablar con mis actores.

— Os ruego me perdoneis, respondió Vance. Yo soy artista, discípulo de la Academia real de pinturas, y desearia hacer un boceto de miss Julieta Araminta.

— ¿ Un boceto? ¡ Vaya! ¡ vaya!

— Mi amigo, dijo Lionel con ese arranque de generosidad que sienta tan bien en la primera juventud, pagará lo que sea con generosidad.

— ¡ Ah! dijo el director amansándose de pronto, eso se llama hablar bien; pero sabed, caballero, que miss Julieta Araminta está bajo mi proteccion, puedo decir que me pertenece. Venid á buscarme mañana antes de la primera representacion, que se verifica á las doce, y hablaremos. Tendré un gran placer en ver á algunos de vuestros amigos en los asientos reservados. Pero en este momento estoy muy ocupado, y... y... en una palabra... perdonadme... servidor vuestro, caballero.

Toda conversacion ulterior era ya imposible, Vance saludó sonriéndose y se retiró. Entre tanto su jóven amigo habia encontrado medio de cambiar algunas palabras con Waife y su nieta; y cuando Vance le cogió por el brazo y le sacó fuera, parecia pensativo y confuso. Guardó silencio hasta que atravesando por entre la multitud, que aun se agitaba delante del teatro, llegaron á un sitio mas solitario. La luna ascendía por un cielo tachonado de estrellas; era una deliciosa noche de verano.

— ¿ En qué pensais Lionel? Tres veces os he hecho esa pregunta y aun no me habeis respondido.

— Vance, respondió lentamente Lionel, es la cosa mas extraordinaria! ¡ No podeis figuraros el chasco que me he llevado con esa niña ávida y mercenaria!

— ¡ Precoz y perversa! ¿ Cómo sabeis que es ávida y mercenaria?

— Escuchad. En el momento en que ese viejo verdugo de director se aproximaba á vos, yo dirigí algunas palabras, palabras políticas naturalmente á Waife, que me respondió con una voz ronca y cascada, pero en buenos términos. Pues bien, cuando yo le dije al director que pagariais el modelo, la niña me asió vivamente por el brazo, y bajándose á la altura de su talla, me dijo en voz muy baja:

— ¿ Cuánto dará?

Aturdido por esta pregunta hecha á quema-ropa, respondí á la ventura.

— No sé: tal vez dé 40 chelines.

Hubiera querido que hubierais visto entonces su rostro.

— Radiante, sin duda. ¡ Pero eso es demasiado! exclamó Vance. ¡ Diez chelines! sois un verdugo de dinero.

— ¿ Demasiado decís? Ella hizo un gesto como el que vos podriais hacer si se os ofreciesen 40 chelines por vuestro cuadro de César á la orilla del Rubicon. Pero cuando el director declaró que la niña era su propiedad y os dió una cita para mañana, lo que parecia indicar que queria hacerse pagar por concederos el permiso de retratarla, su rostro se oscureció de pronto y murmuró con aspereza:

— Yo no quiero dejarme retratar.

Despues se volvió á su abuelo y cambiaron en voz muy baja algunas palabras muy rápidas: despues me tiró por el brazo y me dijo al oido; ¡ pero con una viveza!

— Necesito tres libras, sí, tres libras esterlinas. Si quiere darme tres libras no tiene que hacer mas que venir á nuestra posada, casa de M. Merle, calle de los Sáuces. ¡ Tres libras, tres!

Y con estas palabras que aun resuenan en mi oido, pronunciadas por aquella boca de hada que no debia dejar caer mas que perlas y diamantes, me he separado de ella, añadió Lionel con la gravedad de un viejo, y he perdido una ilusion.

(Se continuará.)

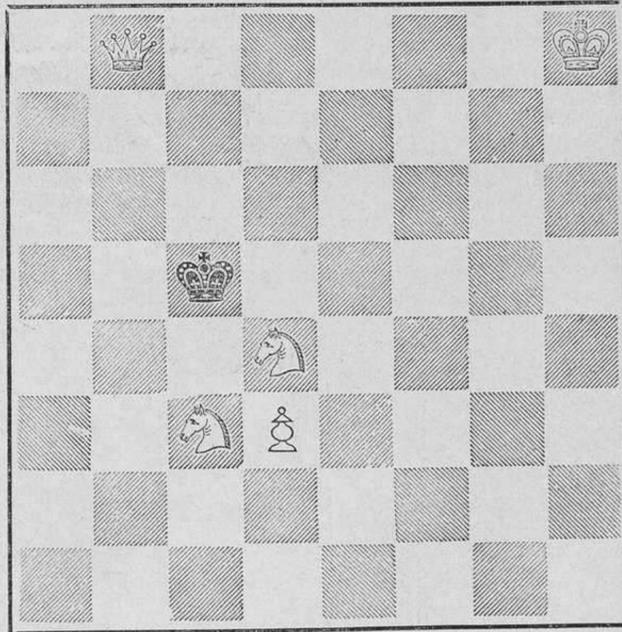
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 342.

- 1 C 4ª CRª T toma C
- 2 T 5ª ARª R toma T
- 3 T 5ª R jaque-mate.

PROBLEMA NÚMERO 343, POR M. J. WELLER.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.

Los Editores-Propietarios responsables;

X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Paris. — Tipografía de A. Marc, 22, rue de Vernouil.



K. DUMÉNIL

LAS FRANQUICIAS MUNICIPALES DE LONDRES. — Recepción del príncipe Arturo en calidad de ciudadano de Londres.

Sanford